

ENSAYO DE TIPOLOGÍA POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA

R.P. Juan Luis Segundo. S.J,

AÑO II, Nº 3. SERVICIO DE DOCUMENTACION, Enero-Abril de 1963. OFICINA RELACIONADORA DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES
UNIVERSITARIOS. Casilla 11A-D, Santiago, Chile.

I. - INTRODUCCIÓN

Para poder hacer una tipología política de América Latina, que comprende realidades tan diversas, es menester, en primer lugar, determinar una variable independiente con respecto a la cual se puedan agrupar y comprender las semejanzas y las divergencias, graduándolas, ya que sólo así se puede hablar de tipología.

En segundo lugar, es menester que esa variable independiente sea propiamente política. Primero, porque este trabajo es parte de otro que se concibe como la determinación de las diferentes variables (sociales, políticas, económicas, culturales, etc.) que permitirán luego estudiar la tipología total de América Latina. En un plan semejante, tomar para la política una variable social o económica, por ejemplo, sería descartar de la síntesis a la política como no significativa por sí misma. Y ello sería, además, un error, ya que ninguna otra variable por sí sola puede dar cuenta de las variaciones políticas latinoamericanas. Ello se verá a todo lo largo de este trabajo. Pero basta pensar en un ejemplo concreto: la situación de la Argentina y de Venezuela en la escala de la renta per cápita no permite asemejar sus políticas, dada la diferente estructura social de ambos países. Viceversa, Venezuela y Colombia con estructuras sociales parecidas difieren políticamente, dada una distinta situación económica. De modo que quedamos ante la alternativa: o se renuncia a hablar de tipos políticos en América Latina, o se determina una variable independiente propiamente política para poder definir y graduar esos tipos.

Ahora bien, para evitar el definir *a priori* una especie de "cualidad política" divisible en grados como una escala, no queda otro método que señalar concretamente, partiendo de la realidad, una cualidad común a las diferentes políticas latinoamericanas. Pero de tal manera común, que lejos de desvanecerse o debilitarse con esas diferencias, sirve más bien para explicarlas y estructurarlas.

No existe una amplia posibilidad de elección. La hipótesis que se nos presenta casi necesariamente, para comenzar nuestro trabajo es la de referirnos como a una variable independiente a esa tan mentada inestabilidad de la política latinoamericana. Se tratará pues, valga la expresión, de tomar la "variabilidad" como "variable independiente" de la tipología política en América Latina.

Pero es fácil ver que esta reconocida inestabilidad no hace más que encubrir una variable más radical. Lo político es estable cuando se halla sólidamente entregado y enmarcado en la totalidad de la realidad nacional. Porque la estabilidad política no está tanto en el equilibrio de las fuerzas políticas en pugna, como en el equilibrio de la esfera política con las demás esferas de vida de un país. Así por ejemplo, Inglaterra tiene tres gobiernos diferentes en diez años, mientras que en Uruguay un mismo partido político gobierna durante noventa y tres años consecutivos, y nadie vacilará, no obstante, en afirmar que la política inglesa es más estable que la uruguaya. Como es más sólida una casa cuyos cimientos se renuevan cada diez años, que otra capaz de durar cien años sobre los mismos cimientos a costa de apuntalarla continuamente por donde amenaza ruina.

Forzando la paradoja, podemos decir con razón que la política de Francia, con sus continuos cambios de gobierno es más estable que la de cualquier país latinoamericano, ya que esta no es inestable porque haya cambios de gobierno o revoluciones, sino porque el equilibrio de lo político se obtiene o se busca por medios que podríamos estimar ajenos a la política propiamente dicha.

Es un hecho fácil de observar, en efecto, que todas las políticas latinoamericanas estriban en medios que, en los estados-tipos europeos pertenecen a otras esferas, se integran en sistemas propios, y tienen finalidades no políticas. Y llamamos estado-tipo al europeo, no por una valoración intrínseca, sino porque los mismos estados latinoamericanos admiten ese tipo como ideal y porque, aunque no lo fuera, la comparación ayuda para hacer comprender la característica de que vamos hablando. Ejemplos clásicos de estos medios que en Europa y Estados Unidos pertenecen a otras esferas de vida social y que en América Latina forman parte de la realidad política, son, entre otros, la influencia del ejército, la de las ideologías estudiantiles, la de los personalísimos, la de los grupos económicos, etc.

Lo que caracteriza pues, aún más radicalmente a América Latina desde el punto de vista político que la inestabilidad, es su causa universal a través de sus distintas manifestaciones: la hipertrofia de lo político, la exagerada comprensión dentro de lo político de elementos que pertenecen a otro sector de la vida social.

Llegados aquí, y antes de seguir adelante, es menester tratar de precisar algo más el sentido de la palabra política.

De lo que llevamos visto, se deduce ya que no se puede meramente identificarla con el contenido corriente de la expresión "vida política" ya que puede ocurrir en un país de dictadura militar, ejemplo Paraguay, que la "vida política" esté reducida a un mínimo y, no obstante, una dictadura militar es frecuentemente signo de una hipertrofia de lo político. Tampoco se puede simplemente identificar "lo político" con el aprecio que se tiene de la función política, del oficio que desempeñan "los políticos". Es un hecho de frecuentísima observación en América Latina, que la opinión de la gente común atribuye a "los políticos" todos los males nacionales. Ejemplo, plataformas políticas de Ibáñez en Chile y Janio Quadros en Brasil. Esta aparente desestima de la política, no es, en realidad, otra cosa que una estima exagerada de ella, ya que se le atribuye así a la política una desmedida importancia en la realidad nacional. Tampoco se pretende, con el termino política separar de ese sector a la gran cantidad de latinoamericanos incapaces de tener, por falta de cultura, de comunicaciones y de otros elementos de la civilización, ninguna conciencia política, si ésta es sinónimo de sentirse pertenecer a una unidad nacional encarnada en un gobierno único para todo el país; ejemplos, Bolivia y Perú. Aún en este caso la política ejerce en ellos una gran influencia, tanto mayor cuanto que se ejerce a través de poderes tribales, tanto más absolutos cuanto más primitivos y menos limitados por otras estructuras sociales. Pero a su vez esta política elemental ejerce también una influencia decisiva en la política nacional del resto de la nación. En efecto, el hecho de poder atraerse, con medios muy simples y poco "políticos" en sí mismos a esos poderes tribales y por medio de ellos el aporte electoral de la masa india, es uno de los factores más importantes de la hipertrofia política latinoamericana y de su conocida inestabilidad. La falta de "politización" de una parte considerable de la población latinoamericana, lejos de significar una disminución correspondiente del sector "político" acrecienta su hipertrofia.

Todas estas observaciones sobre el uso del término "política" nos llevarán pues a la siguiente precisión. Lo político propiamente tal sólo puede definirse, en cierto modo, negativamente, como la actividad de interés general que no está ya integrada en un sistema más restringido. En efecto, y sin entrar en discusiones teóricas, es evidente en toda sociedad estructurada el papel subsidiario (lo que no quiere decir en modo alguno secundario o supletorio) de lo político con respecto a las demás actividades constitutivas del cuerpo social. Lo político no comienza a actuar hasta que un sector de esa estructura social no requiere una ampliación de su actividad que se vuelve imposible dentro de sus propios recursos, de su propio equilibrio interno. Así por ejemplo, lo económico no se convierte en "política estatal económica" hasta que, v.gr. las exigencias y posibilidades de financiamiento de un plan no exigen el recurso a otros estados o garantías estatales, o hasta que el progreso económico no requiera una transformación de estructuras sociales que no puede realizar por sí mismo.

Dentro de esta perspectiva, lo político se caracteriza por ser la última instancia de los intereses generales de cada uno de los otros sectores. En lo político desembocan, tarde o temprano, todos. Y así se comprende mejor la variable política de América Latina que hemos señalado; al acabarse rápidamente, por falta de desarrollo, las posibilidades de los demás sectores de la vida social, la política invade un campo

considerablemente mayor que en Europa o EE.UU., sobre todo si se tiene en cuenta que la cultura occidental de Latinoamérica hace que en ella existan prácticamente todos los sectores de actividades de los países tipos.

Existen, v.gr. en todos los países latinoamericanos, investigadores científicos, pero se constata invariablemente que, al costado de su investigación tienen que emplear un tiempo considerable en conseguir y mantener el apoyo político indispensable para llevar a cabo sus investigaciones. No se trata aquí de una especie de "pasión política" que con demasiada superficialidad se atribuye muchas veces al latinoamericano. Sucede simplemente en nuestro caso que la investigación científica no está integrada en un sistema industrial y económico que le dé suficientes recursos y, según el principio antes mencionado, tiene que pasar rápidamente (y no sólo para las grandes realizaciones, como en los EE.UU.) a la última instancia, es decir, al plano político.

La hipertrofia del sector político no se debe pues, y esto es importante, a una característica temperamental del latinoamericano, sino a una falta de desarrollo de esas estructuras sociales que podíamos llamar medias, ya que median entre los intereses individuales y el sector político concebido como última instancia del interés común.

A la misma conclusión nos llevaría un breve estudio genético del problema político que estudiamos, con tal que sea suficientemente amplio como para no quedarse en aspectos parciales.

En efecto, ha habido intentos de explicar esta excesiva politización de la vida en los países latinoamericanos por factores exclusivamente políticos dentro de una perspectiva histórica, hablando de la herencia del coloniaje ibérica, con su fuerte autoritarismo que impidió o estorbó el que las colonias se integraran en sistemas con propio equilibrio interno, no sólo desde el punto de vista político, sino con relación a los distintos sectores de la vida social.

Pero es fácil de ver que en siglo y medio de vida independiente han debido gravitar otras causas, fuera de este hándicap de autoritarismo ibérico para explicar genéticamente el inmenso retraso en el desarrollo de las estructuras sociales que muestran las colonias españolas con respecto a las inglesas en América. Habrá que hacer nota además, en el plano demográfico, la existencia de grandes masas indígenas poco o nada civilizadas que no han sido separadas de la vida nacional, sino que forman parte, y a veces mayoritaria, de ella; así como la débil densidad de población aumentada por la falta de comunicaciones en muchos países. En el plano social, el que los dos elementos anteriores han favorecido una estructura biclásica impermeable, es decir, en lo social, una yuxtaposición más bien que una organización o integración. En el plano económico-social, el hecho de que casi todos los países latinoamericanos sean mono-productores de materias primas divide al país en dos grandes sectores igualmente simplificados: el primario productor y en terciario parásito. Pero para explicar a su vez esta proliferación del sector terciario (que llega a veces a igualar o superar proporcionalmente al de los mismos EE.UU.) es menester tener en cuenta el factor cultural, es decir la influencia de valores éticos y religiosos que corresponden a civilizaciones más complejas y que, transportados tal cual a realidades tan poco estructuradas, crean una serie de exigencias y servicios sin proporción con la realidad del país. Y así llegamos, genéticamente, al mismo punto a donde nos había llevado la explicación analítica: a la falta de estructuras medias, si se tiene en cuenta el desarrollo desproporcionado de ese sector de la vida social que no nace de las exigencias básicas de los demás, y que debe, por lo mismo, apelar a la política e influenciarla.

De ahí, pues esa tendencia latinoamericana a un cierto totalitarismo político, que no consiste tanto en quitarle representación al pueblo, sino en politizar toda la existencia social, y que nosotros hemos señalado como variable política independiente para nuestro trabajo. Y precisamente porque las raíces de ese fenómeno están en todos esos sectores como se acaba de ver, esos mismos sectores podrán explicar las diferentes formas que adopta en los distintos países, estructurando así la tipología política latinoamericana.

Nótese, en efecto, que al hablar de una variable política independiente, señalamos únicamente la posibilidad de extraer una constante que se verifique en el campo político, pero no negamos, más aun, exigimos, el influjo de los demás sectores en lo político, como explicación de las variables.

La exagerada intervención de lo político en los otros sectores de la vida social tiene como contrapartida el uso, en el plano político, de medios propios de esos otros sectores. El mecanismo político no puede darse fuera del juego de factores existentes en esos sectores que él politiza. Así, por ejemplo, en varios países de Latinoamérica la inmovilidad social es tal que todo cambio en este terreno tiene que tomarlo sobre sí el estado. Pero entonces queda éste expuesto al único instrumento que tiene en estos casos lo social para urgir sus reivindicaciones a falta de estructuras complejas y mecanismos sociales: el uso de la fuerza directa. Así también, en otros países, cuando, debido a la falta de incentivos concretos para la vida cultural o intelectual, ésta se politiza para poder vivir, la política a su vez se vuelve extraordinariamente sensible a las ideologías, que son el instrumento propio de un intelectual no integrado de hacer valer sus intereses.

El índice concreto de la hipertrofia política latinoamericana será pues en cada país la importancia desmedida acordada en el equilibrio político a factores pertenecientes a otros sectores de la vida social, como ya lo dejamos indicado más arriba.

Una tipología política de América Latina exige así el estudio de la importancia más o menos excesiva en lo político de factores tales como las fuerzas armadas, las influencias personales o familiares, los grupos de presión, las clases sociales, los valores éticos y religiosos, la incidencia de la política internacional, las ideologías y los sistemas de partidos.

Queda ahora por resolver un último problema previo a una tipología: fijada la variable independiente y los distintos capítulos de variaciones, ¿es dable señalar una graduación entre estas últimas?

No se trata de una pregunta formal o puramente metodológica, América Latina es un continente en marcha y es posible reconocer en él una evolución política, en muchos casos rápida, y ciertamente en el sentido de acercarse a los estados-tipo considerados como más desarrollados.

Dentro de estas perspectivas se ve la importancia de "graduar" las diferencias políticas, en cuanto ello sea posible, en relación a esa evolución. Una tal tipología sería una valiosa introducción a toda posible previsión o planificación realista en el terreno de la política de los países latinoamericanos.

Ahora bien, creemos que, si bien se mira, los factores que acabamos de señalar como capaces de constituir las variantes fundamentales de esa tipología, están colocados en nuestra lista según un orden precisamente gradual con respecto a esa evolución general. En efecto, si recordamos lo dicho anteriormente sobre la injerencia del estado en esas deficientes estructuras medias, comprenderemos que en Latinoamérica la distancia entre la esfera del interés y de los factores individuales, y la esfera de los intereses más comunes, (es decir, la esfera política) es más corta que en otros países donde esas estructuras medias están más desarrolladas. De ahí que cuanto más hipertrofiado está lo político, se advierten en él factores y procedimientos más cercanos al orden individual, como lo es el uso de la fuerza, el caudillismo personal o familiar, la prepotencia de grupos minoritarios tales como el ejército, los estudiantes, etc.

En cambio, a medida que nos acercamos a una dimensión más normal de lo político dentro de esa hipertrofia, las influencias exageradas de otros sectores en lo político se acercan más, en su naturaleza, a lo que podríamos llamar el interés y los mecanismos universales. Así por ejemplo, el influjo de la clase social, que puede ser desmedido en política, pero que presenta ya, con respecto a los anteriores, un matiz mucho más genuinamente político, el de las preferencias éticas y religiosas, el de las influencias políticas foráneas y finalmente las mismas ideologías políticas (que en cuanto a ideologías, es decir, en cuanto inadaptadas a la realidad, nunca son políticas y universales en el pleno sentido de la palabra).

Con esto creemos haber introducido suficientemente nuestro trabajo tipológico señalando una variable independiente política, determinando los capítulos fundamentales de variaciones y finalmente, graduando esas mismas variaciones según su relación a la variable independiente.

NOTA: Para muchos de los datos que figuran en este estudio, remitimos al lector al fundamental artículo de K. H. Silvert, "*Political Change in Latin América*", del libro "*United States and Latin América*" Columbia University 1959, págs. 59-80.

II. - INDIVIDUALISMOS EXTREMOS Y USO DE LA FUERZA.

Ha llegado a ser un tópico en el mundo occidental el estado de revolución crónica en que, al parecer, vive América Latina. Los periódicos estiman a menudo que la palabra revolución es demasiado importante como para aplicarla sin más a cualquier cambio violento de gobierno de un general a otro o cualquiera tentativa subversiva de militares de provincia. Y así, hasta que haya presentado sus pruebas, una revolución latinoamericana no pasa de "pronunciamiento", de "complot". Y como, por otra parte, la única manera de hacer que el lector vulgar de Europa o de EE.UU, localice el país en cuestión, será el añadir que pertenece a América Latina, este es el nombre que se recuerda siempre unido a esa característica vaga de suma inestabilidad política. Se piensa que en ella el uso de la fuerza es continuo y generalizado, que toda actividad social está sujeta por ende a cambios bruscos procedentes del sector político, que la vida individual está sin cesar amenazada y que la política misma se halla librada a las ambiciones personales de militares y políticos inescrupulosos.

Quizás una ayuda interesante de los países más desarrollados fuera la de llevar al nivel del público corriente una visión más justa de la realidad latinoamericana. De todos modos, ello se vuelve imperativo para toda política de ayuda a ese continente. Y en este punto de la violencia, en particular, habrá que hacer notar varios elementos que ayudan a captar mejor la realidad política latinoamericana.

Será menester, ante todo, poner en duda seriamente la magnitud del fenómeno dividiendo esos acontecimientos por el número de países afectados. Es evidente que si todas las provincias alemanas hubieran pasado separadamente, y cada una en un tiempo distinto - en relación, por ejemplo, con su desarrollo industrial - por la aventura nacional-socialista, darían la impresión de vivir en una perpetua inestabilidad. Ahora bien, los países de América Latina pasan todos por un proceso de desarrollo en el que es hasta cierto punto normal, sobre todo dadas las circunstancias, ciertos cambios bruscos. Pero no sería realista sumarlos todos, y ninguna previsión coherente puede salir de tal suma.

Además es menester tener en cuenta igualmente cuál es el cambio real que introducen esas revoluciones en los distintos países, porque sólo un cambio real puede dar un fundamento a esa inestabilidad de que se habla. En este sentido tendríamos que señalar en primer lugar, y desde un punto de vista algo superficial si se quiere, el poquísimos número - a veces inexistente de víctimas en la mayoría de las revoluciones. En segundo lugar, hay que notar que la incidencia de tales cambios en la vida diaria de esos países es, la más de las veces, mínima si no nula, por el hecho de que se trata muy a menudo de personalismos, mientras que la continuidad de los distintos sectores de la vida nacional está asegurada por estructuras económicas y sociales mucho más fuertes, y por una serie de lo que podríamos llamar estructuras *ad hoc* que hacen posible el esperar, soportar y aminorar esos cambios que serían en otras partes imposibles, porque destruirían rápidamente el país. Intervienen en este sentido los lazos de fidelidad creados entre familias, y también entre compañeros de trabajo, la misma venalidad de administración y el aprecio idealista de las formas externas de la legalidad. En tercer lugar, y de acuerdo a lo que precede, hay que llegar a considerar la "revolución" latinoamericana en esos casos como el equivalente de las medidas más o menos extraordinarias que se ven obligadas a tomar las políticas occidentales más desarrolladas. En efecto, las revoluciones periódicas de un país pueden no significar una inestabilidad más grande que las frecuentes disoluciones de asambleas o el recurso repetido a nuevas elecciones, del mundo político europeo, o que, v.gr. la destitución del General Mac Arthur por el presidente Truman. Que esas decisiones extraordinarias, pero necesarias y, sobre todo, previsibles, se tomen frecuentemente en América Latina por medio de una revolución del tipo que acabamos de indicar, no lleva al continente a un caos político en donde toda previsión se vuelve imposible.

Dicho esto, no hay dificultad ninguna, en admitir que la fuerza juega un papel muy importante en América Latina y que es menester profundizar más en sus diferentes formas para hallar un hilo conductor y la base de una posible previsión, indispensable para una ayuda eficaz.

Podemos distinguir cuatro tipos de revolución o de violencia, graduándolas según la universalidad o

particularismo de sus orígenes y de sus resultados:

1) La revolución de cuartel, dirigida contra la autoridad política. Se trata del uso de la fuerza hecho por aquellos que disponen de ella habitualmente, y con fines de ambición personal o familiar. Generalmente, la ambición lleva a ejercer el poder personalmente, pero a veces también las circunstancias o la seguridad aconsejan instalar en el mando a un civil dócil a las directivas del "hombre fuerte" que permanece en la sombra. Estas revoluciones son de lejos más frecuentes en América Latina y salvo raras excepciones se caracterizan, en la medida misma de su frecuencia, por no modificar prácticamente en nada la vida del país. Muchos países de Centro América y en América del Sur, Paraguay y Bolivia, antes de su gran revolución última, han conocido este tipo de revoluciones.

2) Revoluciones regionales o de grupos sociales como el campesinado, y dirigidas no tanto contra la autoridad política nacional como contra otras regiones más favorecidas o contra otros grupos sociales. Son frecuentes las primeras en la historia de la Argentina, de Brasil y de Colombia. En Bolivia existen también las del segundo tipo, aunque apenas se las puede llamar revoluciones. Estas dos clases de movimientos subversivos no son propiamente nacionales, no ya por su origen personalista como los anteriores, sino por su origen netamente parcial.

3) Revoluciones populares sin orientación política definida, pueden participar o no en ella los militares: lo esencial es el apoyo popular, es decir, de una parte considerable de la población civil que comprende diversos grupos y clases y que quiere hacer cesar violentamente una situación política dada. Está, pues, dirigida contra el gobierno, a diferencia de la anterior, y puede ir desde lo que se llama el "cuartelazo complejo" (por el apoyo popular), pasando por la revolución enteramente civil, hasta el bogotazo o subversión violenta no estructurada. El primer caso se dio con la caída de Perón, en la Argentina, de Rojas Pinilla en Colombia, y de Pérez Jiménez en Venezuela. Como ejemplo casi único de la segunda se cita a Chile, en que los civiles determinaron en 1932 varios cambios bruscos de gobierno. Ejemplo típico del tercer caso es el levantamiento de parte del pueblo de Bogotá en 1948. Pero lo que caracteriza a todos estos casos e impide que se considere a estas revoluciones como verdaderamente nacionales, es que la unanimidad de origen se agota en el cambio mismo, en la negatividad con respecto a la obligada situación anterior. No es extraño, por otra parte, que causen numerosas muertes, debido a la participación del pueblo, a la exacerbación de éste y a los medios de represión del que goza normalmente un gobierno capaz de suscitar una reacción tan universal. Aunque su negatividad sea incapaz de introducir un cambio profundo en el país, su misma fuerza es garantía de que no se repiten con frecuencia. De hecho, tomando el conjunto de América Latina son más bien raras y más raras aun dentro de cada país.

4) Finalmente, las revoluciones sociales. Son plenamente nacionales en el sentido de que, cualquiera que el medio por el cual llegan al poder sea, traen consigo una orientación integral de las estructuras del país. Tal fue, por ejemplo, la revolución mexicana entre 1910 y 1917, la revolución peronista en la Argentina entre 1943 y 1956, y la actual de Fidel Castro en Cuba. En el caso de Perón, sólo se puede hablar de revolución en un sentido lato, refiriéndose al levantamiento militar en 1943, que le dio los medios de lanzarse políticamente desde la Secretaría del Trabajo, y a la supresión sucesiva de las garantías constitucionales durante sus dos períodos de gobierno. Estas revoluciones plenamente sociales son con todo muy raras en América Latina. Frecuentemente encontramos elementos de ellas en revoluciones de otro tipo más individualista.

Entrando en un terreno de hechos que son siempre extremadamente discutibles en el campo político donde no existen medidas materiales, podemos afirmar que desde 1945 a la fecha, es decir durante los últimos quince años.

- a) en dos países han existido revoluciones propiamente sociales: Argentina y Cuba.
- b) en once países han existido revoluciones de otros tipos, pero con cierta influencia transformadora de las estructuras sociales: Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Panamá en América Central, y Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil y Bolivia (aunque esta última puede ubicarse en algunos aspectos entre las de primera clase) en América del Sur.
- c) en cuatro países han tenido lugar frecuentes cuartelazos o bien se está bajo una tiranía de

cuartel: Paraguay, Haití, Nicaragua y Santo Domingo.

d) en tres países de régimen democrático no se observa revolución de ninguna clase: México, Uruguay y Chile.

Pero basta observar este cuadro para notar varias cosas.

La primera, que los países que figuran sin revoluciones desde 1945 las han tenido, sin excepción, durante el primer cuarto de siglo.

La segunda, que varias de las revoluciones que aparecen en el segundo grupo son, en cierto sentido, contra-revolucionarios, o sea, levantamientos populares para poner fin a gobiernos de fuerza y substituirlos por otros que dejan más libertad y juego a los verdaderos políticos. La tercera, que son rarísimas las revoluciones que interrumpen una vida política pacífica establecida durante más de una década, por ejemplo. El caso de la Argentina estaría en el límite, pero tratándose allí de una revolución social, la interrupción se hace mucho más explicable.

En otras palabras, la comprensión del cuadro precedente exige volver a distribuir sus elementos dentro de una perspectiva histórica. es decir, como elementos de un proceso en el cual el uso de la fuerza caracteriza una etapa cuya desaparición es más o menos previsible a corto o a largo plazo.

Todas las naciones latinoamericanas, al salir de la lucha de la independencia, caen en un período más o menos largo de perturbaciones cuyas causas son múltiples en los distintos órdenes de la vida social, pero que pueden agruparse desde el punto de vista político en el fenómeno llamado "caciquismo". Se trata de influencias generalmente violentas y siempre estrechamente individuales, locales o regionales. Son fuerzas que han colaborado, yuxtapuestas con otras, en la independencia nacional en la mayoría de los casos, y aún fuera de los límites nacionales quizás precisamente porque no son sensibles al carácter nacional. De ahí que luego de la independencia luchen con frecuencia por ejercer el poder en el campo más vasto posible, y viceversa, por no dejar implantar ningún otro poder más que el propio en la región o ciudad sede de su influencia.

A esta etapa sucede generalmente la época de los gobiernos personales centralizadores que terminan con el caciquismo y dan al país una unidad por lo menos exteriormente política. Ello se realiza generalmente por revoluciones que instalan una dictadura militar en torno a una personalidad de gran influencia. Es el fenómeno del caudillismo¹ al cual pertenecen Díaz en México, Rosas en la Argentina, Portales en Chile, etc. Pueden no tener ningún sentido de transformación social, pero preparan una vida política y posibilidades de realizaciones sociales creando una cierta unidad nacional.

Es la aparición de una clase media y su crecimiento en número e importancia, dentro de una tercera etapa, lo que termina con el caudillismo o, por lo menos, lo debilita fuertemente. Pero no hay que pensar que clase media sea necesariamente sinónimo de vida política pacífica o democrática. El acrecentamiento del nacionalismo propio de esta etapa puede desembocar en una democracia pacífica, pero también en totalitarismos o revoluciones sociales si esa clase media ignora los problemas de la clase baja.

En cada una de estas tres etapas hay pues lugar para el uso de la fuerza, aunque ésta será previsiblemente distinta en cada caso. Pero lo que más interesa señalar aquí es que si la independencia tuvo lugar en un mismo momento histórico para todos los países latinoamericanos, excepto Cuba, muchos de ellos están lejos de haber recorrido las etapas siguientes con la misma velocidad. En algunos casos, obstáculos insalvables han determinado, ya sea una exagerada lentitud en recorrer esas etapas, ya sea la necesidad, por lo menos provisoria, de renunciar a alguna de ellas.

¹ En el lenguaje corriente, y en el lenguaje de los historiadores, se llama caudillos a todos los que gobiernan gracias a una autoridad personal, ya sea regional o nacional. El término comprende también por lo tanto, a los fenómenos de caciquismo, ya que el término de cacique aplicado a un jefe político civilizado sería inaceptable. Pero hemos debido servirnos de este nombre, en general, para señalar la diferencia entre una autoridad personal solamente regional, y esa misma autoridad cuando centraliza al país o actúa sobre el país ya centralizado.

Tratemos, en base a estos datos históricos, de comprender mejor la realidad encerrada en el cuadro precedente.

1. - En primer lugar, no hay que dejarse influenciar demasiado por la división política actual en países independientes, cuando se trata de comprender el fenómeno de las primeras etapas. El efecto, la actual división de países significa, en muchos casos, que no se pudieron nunca superar las diferencias debido al caciquismo. El mosaico de repúblicas centroamericanas por ejemplo, aun cuando actualmente presentan estructuras nacionales desarrolladas, consideraron largo tiempo después de la independencia sus problemas regionales de un modo muy semejante a las provincias argentinas, por ejemplo; pero la unidad que se logró finalmente en estas últimas no se logró definitivamente en aquellas.

Sería, por lo tanto, equivocado, a nuestro parecer, comparar la acción centralizadora de la Argentina llevada a cabo por Rosas, con la de Guatemala llevada a cabo por Guerrera alrededor de los mismos años. Esta última no significa pasar propiamente a la segunda etapa, ya que consiste en estabilizar una estructura de base estrechamente regionalista, dada la imposibilidad de darle unidad real a lo que hubiera podido ser la nación centroamericana.

Ejemplos más discutibles, pero siempre dignos de ser tomados en cuenta, fueron la separación de Bolivia (Alto Perú) del Perú, y la de Paraguay con respecto a la Argentina o, si se quiere, a las provincias del Río de la Plata. En cambio la separación del Uruguay con respecto a esas mismas provincias unidas, igualmente artificial, si no más, en un comienzo, no provienen de un fenómeno de caciquismo no superado, sino de la necesidad subrayada por Inglaterra en el campo internacional de crear un estado amortiguador para los conflictos entre los grandes países limítrofes de Argentina y Brasil.

Ahora bien, los casos en que el caciquismo no fue nunca superado, o lo fue sólo a medias, presentan hoy en día, y presentarán probablemente durante bastante tiempo aún, los fenómenos más simples del uso de la fuerza en lo político.

Es difícil pasar, en efecto, de estructuras caciquistas a un verdadero estado nacional en el sentido estricto de la palabra, es decir, a un estado con conciencia efectiva de formar una nación. En un país que corresponde demográfica, económica y socialmente a una región más que a un estado, a una provincia más que a una nación, intervienen en todos los problemas factores de naturaleza estrechamente local, familiar, representando grupos pequeños, influencias personales, sistemas de trueque directo más bien que de estructuración, etc. factores todos que hacen muy difícil, si no imposible, una conciencia nacional. Solamente casos extraordinarios de homogeneidad, como Costa Rica, pueden pasar casi directamente del caciquismo a un estado político verdaderamente nacional.

En los otros casos, al no salir plenamente de la primera etapa se hace imprevisible esa elevación, y en cambio permite prever la continuación de esas revoluciones de tipo más simple, como son los cuartelazos, aunque, por otra parte, no haya que exagerar, como ya dijimos, la inestabilidad y las consecuencias desastrosas de tales levantamientos. Se pueden, a lo más, esperar revoluciones de un tipo un poco más complejo, pero la falta de recursos y la falta de organización de la vida nacional hacen mucho más improbable revoluciones sociales propiamente dichas.

En otros países pertenecientes más o menos estrechamente a este mismo grupo, pero con mayor importancia geográfica, con una población más numerosa y estructuras más complejas, aun cuando el caciquismo no haya sido más que parcialmente vencido, puede pasarse, al parecer, a una revolución social, como ha sido el caso de Bolivia². Guatemala se acerca un poco a esta situación, y algo semejante podría ocurrir en el Paraguay, aunque su población, menor que la de casi todos los países centroamericanos y distribuida en un vasto territorio, no favorece estas perspectivas,

² Bolivia, después de la revolución nacional, no puede explicarse totalmente dentro de ninguna de las características que aquí establecimos: revolución nacional social junto con los fenómenos de extrema descentralización nacional, como por ejemplo revoluciones regionales del segundo tipo mencionado en nuestro trabajo.

También en la medida en que los países de este grupo poseen grandes territorios y poco desarrollo económico-social, son también posibles en ellos las revoluciones del segundo tipo, es decir, parciales o locales. Pero, en general, este es el grupo de revoluciones que desaparece más rápidamente y seguramente en toda la América Latina por el progreso de las comunicaciones, armamentos, etc.

Resumiendo, pues, encontramos una relación con el caciquismo no superado en los países del grupo c), y en los países del grupo b) pertenecientes a Centroamérica, con la excepción de Costa Rica, países en donde la pequeña transformación social aportada por las revoluciones no permite poner en duda el carácter caciquista de estas.

2. - Un segundo grupo de países ha pasado ciertamente, y a veces desde hace mucho tiempo, al terreno de las revoluciones centralizadoras de tipo caudillista, pero no ha salido aun de ellas, o está recién saliendo.

En general, se suele afirmar que los países que han pasado primero por esas centralizaciones caudillistas, evadiéndose así del caciquismo, son las que actualmente se encuentran libres de revoluciones o bien presen tan casos de revoluciones sociales bien caracterizadas. Tales serían, por ejemplo, Argentina, México, Chile, Uruguay.

Pero no es tanto la fecha en que ese movimiento comienza, lo que importa, sino la fecha en que se sale de él. Así en varios países los caudillos se suceden interminablemente, como en Venezuela o Perú, sin que se pueda apreciar claramente o reproducir el paso de la etapa siguiente.

Este retraso se explica políticamente por lo que dijimos más arriba: esta etapa en el desarrollo general tiene como sentido permitir, por medio de esa centralización y de la abolición consiguiente de los caciquismos regionales, una política verdaderamente nacional. Pero esta no es tal, en un sentido auténtico, mientras no existe una conciencia política nacional en los diferentes grupos y clases de la sociedad. De ahí que cuando la política caudillista no evoluciona hacia intereses más generales, y queda enquistada en representar intereses particulares o ideologías, ya sean personales del caudillo mismo, ya propias de su grupo o de su clase, la balanza normal del poder hace pasar éste de un caudillo a otro, sin que se modifique radicalmente la estructura y situación del país. De ahí también que, como ya indicamos, el crecimiento en número e influencia de la clase media sea el índice más claro de que el país está ya listo para pasar al estado ulterior.

Como estudiaremos en el párrafo siguiente la distribución de los grupos de presión y de las clases sociales en cuanto influyen lo político, nos limitaremos a explicar aquí lo dicho al cuadro anterior y a señalar las previsiones que podrían hacerse sobre el uso de la fuerza en estos países.

Los países que figuran en nuestro cuadro en el grupo b), con excepción de los países centroamericanos y de Bolivia, estarían dentro de esta categoría, es decir: Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Cuba, que al parecer estaría en la etapa siguiente de la revolución social, pertenece por ciertos aspectos fáciles de reconocer, parcialmente a esta etapa y no sería extraño que el caudillismo reapareciera allí como ocurre en Guatemala.

Las estadísticas de la estratificación social nos muestran justamente con respecto a estos países la evolución progresiva de una clase media relacionada con las ocupaciones urbanas y con la industrialización, especialmente en los primeros países de la lista. En la misma medida pues, y este es el punto más interesante con relación al uso de la fuerza, es posible darle una importancia más decisiva que en los demás países a las revoluciones populares del tercer grupo. En efecto, el pueblo mismo aparece interesado en terminar con el caudillismo en la política. Ello significa un comienzo serio de la política nacional y probablemente en varios de esos países la caída del dictador, frecuente en estos últimos años, sea el signo de un cambio de etapa. Probablemente tenderán a disminuir en esos países los cuartelazos y los tipos más simples e individuales de violencia

3. - Queda finalmente un grupo compuesto por los países que han entrado en la tercera etapa de esa evolución, y que en nuestro cuadro ocupan los grupos a) y d), es decir, los países que se caracterizan

por tener una política pacífica y democrática desde hace algunas décadas: México, Uruguay y Chile, y, hasta cierto punto Costa Rica: y por otro lado los países de revolución social caracterizada: Argentina y, con algunas reservas, Cuba.

Parecerá forzosamente extraño el reunir en una misma categoría a países en donde no existe violencia hace mucho tiempo, y a países en donde se han realizado revoluciones que han de contarse entre las más sangrientas del continente en los últimos tiempos. Y, sin embargo, a pesar de tomar nota de esa diferencia, no podemos considerarla más que relativa, ya que todos los índices más veraces nos hablan de características similares en todos esos casos.

Todos los países señalados se caracterizan por un desarrollo elevado de las clases medias, especialmente en la Argentina y en el Uruguay, que están, justamente, en uno y otro de los subgrupos mencionados. El índice de política nacional que presenta Silvert mezcla igualmente esos dos subgrupos, al dar este orden para los países más desarrollados: Uruguay, Argentina, Costa Rica y Chile, en el primer plano, y México, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba, en el segundo.

En realidad, tanto el crecimiento de la clase media como el nacionalismo en el sentido de la conciencia política nacional, que son fenómenos paralelos, uno social y otro político, no son, como vulgarmente se cree, simples sinónimos de estabilidad o de democracia. La clase media puede optar por una transformación lenta y continua de las estructuras dentro de un régimen democrático, y puede optar también por una política desmedidamente liberal especialmente peligrosa en países donde las clases inferiores son numerosas. En este último caso no será extraño que provoque, como en la Argentina, revoluciones sociales y que trate de contenerlas con un cierto nacionalismo derechista totalitario.

Más aún, precisamente porque la clase media está llamada a influir, a optar, el desarrollo de una política nacional democrática educa políticamente y sensibiliza mucho más de lo que se cree la política de un país con graves problemas a muchos factores perturbadores que antes no podían ejercer tal influencia. Estos factores que tienen un influjo cada vez mayor, como luego veremos, en las políticas más democráticas, son, por ejemplo, la política internacional y especialmente continental, las necesidades económicas presentadas como determinantes de toda la vida del país, ideologías que señalan las posibilidades de cambios rápidos para subsanar el subdesarrollo en sus múltiples aspectos, etc.

Es dable observar en la actualidad en Uruguay o en México, por ejemplo, una sorda inquietud política con respecto a la revolución cubana y es corriente, en todos los niveles de la población, la afirmación de que la situación pacífica de los propios países es sólo superficial, y que también ellos tendrán que pasar por una transformación radical y rápida.

En otras palabras, las políticas propiamente nacionales y el acceso de la clase media al plano político no son garantías ciertas contra el uso de la fuerza, a no ser en sus formas más individuales e inorgánicas. Claro está que, por otra parte, una larga práctica de política democrática, un ejército de tipo profesional, un cierto equilibrio o movilidad de clases, permiten esperar que los cambios necesarios se hagan dentro de un proceso pacífico, pero esa esperanza no es de ninguna manera seguridad. Y como la transformación que puede traer en tales países una revolución es proporcionalmente mucho mayor, cabe preguntarse si no será un error sumamente ingenuo medir la urgencia de la ayuda que hay que prestar a los países de América Latina por el sólo criterio de la renta per cápita, del analfabetismo o del número de revoluciones que haya sufrido cada país en los últimos diez años.

III. - GRUPOS DE PRESIÓN Y CLASES SOCIALES.

Por poco que se salga de una política violenta e individualista, se encuentra, como es lógico, en la vida política latinoamericana el papel de los llamados "grupos de presión", es decir, la influencia ejercida sobre la política de un país por los grupos estructurados que actúan en su interior.

El autoritarismo individual, ya sea caciquista o caudillista, constituye, como lo indicábamos en la

introducción, la suprema hipertrofia de lo político: los ciudadanos dependen en todos los aspectos de su existencia del poder político, puesto que este ha sido acaparado por una persona o familia para sus objetos individualistas. Los grupos de presión, en cambio, separan la política del individuo, amortiguan sus contactos con el estado, le solucionan sus problemas inmediatos y lo representan delante del poder público, es decir, ante la instancia superior, en aquellos problemas que exigen medios más amplios o soluciones más totales.

No es extraño pues que si la falta de estructuras medias y la consiguiente hipertrofia de lo político se manifiestan en su aspecto más agudo en las formas primitivas del uso de la fuerza, tan frecuentes en América Latina, el primer paso hacia la normalidad lo constituyen la aparición en lo político de importantes grupos de presión.

Pero como no se trata más que de un primer paso, no nos extrañará notar que, o bien esos grupos son muy pocos, y con representación y pretensiones exageradas con respecto a su importancia real, o bien son excesivamente numerosos y se confunden casi con los intereses semi-individuales que realmente presentan. El primer fenómeno se da en los países menos desarrollados en el capítulo de la libertad política y del nacionalismo, en donde encontramos como grupos de presión exageradamente influyentes, v. gr. al ejército, a la autoridad eclesiástica o a grupos estudiantiles. El segundo fenómeno es paralelo a un mayor desarrollo de la libertad política y sindical, en donde vemos actuar a muchos grupos económicos y sindicales con intereses más bien juxtapuestos que estructurados.

En ambos casos, aun cuando parezcan en cierto sentido contrario, se observará el mismo fenómeno profundo: la falta de estructuración de los sectores que median entre el individuo y el bien universal. El progreso político latinoamericano consigue con frecuencia desinflar la pretendida representatividad de unos pocos grupos de presión muy poderosos, pero no puede suplir la falta de estructuración de los grupos de influencias reales, muy divididos y casi siempre parasitarios.

1. El Ejército:

Evidentemente los caciquismos y caudillismos están casi siempre fundados en el uso de la violencia de aquellos que pueden disponer de ella, es decir, por los militares. Pero se trata todavía de una forma elemental en que el militar actúa más personalmente que como representante de un grupo, las fuerzas armadas, aunque ponga a todas estas a su servicio como policía política.

De ahí que dejemos fuera de nuestro estudio en este punto a los países descritos en primer término en el párrafo anterior, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que en ellos no tengan importancia las fuerzas armadas.

Para comprender, en los demás países, la presión del ejército como grupo, es menester tener en cuenta las tres funciones que suele desempeñar según los casos y los países:

a) Una función para-política, cuando las fuerzas armadas asumen el papel de ser garantía de estabilidad por el tiempo necesario como para pasar de una dictadura o de un estado de perturbación a un régimen constitucional mediante nuevas elecciones. Esta función tiene especial importancia en los países (tratados en segundo lugar en el párrafo anterior) que salen del caudillismo mediante revoluciones populares; pero también en aquellos en que la revolución social es interrumpida. El apoyo, más o menos determinante, que presta el ejército a la población civil, tiene entonces como objeto, en el primer caso, hacer posibles o respetadas las elecciones democráticas, tal como ha ocurrido por ejemplo en Venezuela, Colombia o Brasil. En el segundo caso, impedir los cambios bruscos e inconstitucionales que quieren introducir las revoluciones sociales, tal como ocurrió en la Argentina. De ahí la tendencia casi invariable de esas revoluciones a reducir la fuerza del ejército y a sustituirla por milicias populares, como ha ocurrido en Bolivia y Cuba, y como estaba ocurriendo en la Argentina en el momento de la revolución militar contra Perón.

Si la intervención del ejército para calmar y encauzar las revoluciones populares aún las sociales puede justificarse algunas veces y ser un factor de progreso, existe un doble peligro, y de gran magnitud en esas "tomas de mando provisionales". La experiencia enseña, por una parte, que la vuelta a la normalidad que

hace posibles las elecciones es casi siempre más larga de lo que se piensa, y de ahí surge la tentación de quedarse en el poder por tiempo indeterminado. Por otra parte, la complejidad que el progreso trae a los países más desarrollados de América Latina es tal, y tal la complejidad de la situación internacional, que se va haciendo cada vez más imprudente dejar esos asuntos en manos de militares, ya que la honradez y la disciplina no suplen la pericia requerida.

b) Una función propiamente política de veto, es decir, la de fijar los límites dentro de los cuales se pueden mover las orientaciones políticas civiles. Esto ocurriría, según algunos observadores, en México, y ciertamente en los países donde el ejército ha asegurado recientemente la vuelta a la normalidad constitucional, como Argentina, Brasil, Colombia, Venezuela. Y también en Perú y Guatemala, donde puede creerse que el poder de veto llega a distinguir entre los candidatos aquellos que pueden o no ser elegidos. Algunos entenderían esto último al Brasil, pero es evidente, en general, que estas apreciaciones no pasan del plano de la presunción, aunque se apoyen sobre hechos que podrían ser significativos, como la repetición de las últimas elecciones en Guatemala.

Como ya lo hemos indicado los valores que intervienen para fijar este veto suelen ser el nacionalismo, el anticomunismo, un aprecio relativamente ingenuo de virtudes como el orden, la honradez y la disciplina, y un respeto hacia las fuentes reales de la producción, paralelo a un desprecio por la política profesional y la burocracia.

También esta función de veto podría justificarse o ser beneficiosa en algunas circunstancias, sobre todo en países poco desarrollados o al salir de un estado de caos político. Pero es particularmente nociva cuando se prolonga paralelamente a una política por lo demás normal y democrática. Como esta función de veto se ejerce aparentemente dentro de la legalidad, es decir, subrepticamente, produce cambios inexplicables y desorientadores en el programa del partido gobernante. Así, explican por ejemplo, muchos observadores las derivaciones políticas del gobierno del presidente Frondizi en la Argentina.

c) Una función profesional exclusivamente en que el ejército se limita a ejercer su función propia dentro de la sociedad, la de asegurar la defensa nacional. Tal es el caso de Uruguay y de Chile, y más aún el de Costa Rica, donde habiéndose estimado inútil esa función en las condiciones actuales de equilibrio internacional y de armas atómicas, el ejército fue simplemente disuelto. Esta posible disminución o eliminación del ejército, de acuerdo con la utilidad o inutilidad de su función propia y exclusiva, es el signo más claro de su carácter funcional o profesional.

Algunos observadores han pretendido que el ejército tendría en Chile una especie de poder de veto "profesional", es decir, en la esfera que toca directamente a su profesión; pero la tranquilidad de las fuerzas armadas frente a la propuesta del presidente Alessandri de reducir el armamento de América Latina, parece poner en duda esa manera de ver. Con todo no hay que olvidar que la propuesta procedía de un gobierno derechista. En efecto, en todos los países, aún en aquellos en que el ejército es profesional, su supresión o reducción tiene un contenido político inevitable, ya que aún en esos casos el ejército es una garantía más o menos lejana de las fuerzas del centro y de la derecha.³

De todos modos es innegable que la decisiva y continua intervención de las fuerzas armadas, si no en todas partes, por lo menos en los países que tienen estructuras sociales capaces de determinar libre y pacíficamente su política, es un mal serio, por más simpatía que se tenga a la ideología de los militares. Cuando se pierde la experiencia del traspaso pacífico del poder, los medios más violentos y los menos representativos del interés nacional comienzan a parecer normales y tentadores.

2. La autoridad eclesiástica:

Otro grupo de presión, frecuentemente asociado con el grupo militar, es el que representa la

³ Nótese que en ningún país latinoamericano se reduce estrictamente a su función de guardián de la seguridad exterior. Todos los gobiernos, aún en los países más desarrollados (como por otra parte en los mismos EE.UU.) lo usan como factor de tranquilidad interior, es decir en caso de huelga que afecte seriamente a la población o cuando se temen actos de violencia en instalaciones públicas de primera necesidad.

autoridad de la Iglesia Católica. Nótese que no tratamos aquí, pues lo dejamos para el párrafo siguiente, de la influencia que ha tenido la ideología y los valores del catolicismo en la política latinoamericana. Aquí nos referimos únicamente al influjo directo o indirecto que tiene sobre las decisiones políticas la autoridad constituida de la Iglesia Católica de cada país, es decir la autoridad eclesiástica.

Esta influencia está apoyada legalmente donde existe una unión entre la Iglesia y el Estado establecida por la constitución. Tal es el caso de la Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Haití, Paraguay, Perú, Santo Domingo y Venezuela. La influencia de la autoridad eclesiástica en la política tiene forzosamente que ser más indirecta en donde existe un régimen de absoluta separación, como es en Brasil, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá y Uruguay.

Este es el único cuadro objetivo e indiscutible que puede hacerse en este punto. Desgraciadamente esta distinción puede dar solamente un índice muy relativo de la influencia de este grupo de presión. Es cierto que varios de los países en donde existe hoy separación han visto conflictos o tirantez entre el poder político y el poder religioso, como México, Ecuador, Uruguay, Guatemala, etc. Pero, por otro lado, Chile, y el mismo Ecuador por otra parte, son ejemplos de gran influencia de la Iglesia en lo político, a pesar de la separación.

Lo que quita, en cierta medida, importancia al hecho de que la Iglesia Católica sea o no reconocida como iglesia del estado, es que su fuerza es hasta cierto punto independiente de los factores políticos. La prueba es que está ya prácticamente constituida como grupo de presión (y es a veces el único) en países de caciquismo y caudillismo que pueden desintegrar otros grupos o ignorarlos.

Para comprender, valorar y prever su acción es, por lo mismo, necesario ver donde su propia finalidad religiosa incide en el terreno político.

Hay que tener en cuenta para ello que la Iglesia Católica se presenta ante todo como una sociedad religiosa que dispone de medios para la salvación ultraterrena del hombre, y ello en cualquier situación material, cultural o política en que este se encuentra. Por otro lado, es un hecho que tiene la adhesión de una gran mayoría del continente latinoamericano, y sea cual fuere la profundidad de esta adhesión, ella la juzga suficiente para la salvación religiosa si se traduce en un código de ritos sacramentales y de moralidad.

Mantener intacta esa adhesión y ayudar a la masa de los hombres a practicar esa moralidad se convierten así en las tareas mayores de la Iglesia en el orden público, tareas para las que solicita el apoyo estatal.

Ese apoyo se concreta, por una parte, en medidas que favorezcan la propaganda y la instrucción del catolicismo, con respecto a otras confesiones y sobre todo con respecto al laicismo corriente en las naciones latinas, la política de la autoridad eclesiástica se enderezará, por lo tanto, en este aspecto, a lograr que las instituciones políticas del país profesen la fe católica y practiquen oficialmente su culto, y que las instituciones estatales de enseñanza enseñen la doctrina católica entre las demás asignaturas. Por otra parte, la protección de la moral católica, se concretará por parte del estado en una legislación que cierra las puertas a costumbres de moral más amplia y de mayor facilidad, como por ejemplo, matrimonio civil, divorcio, aborto, control de natalidad, iniciación sexual en la escuela, menor censura de espectáculos públicos, etc.

Según este ángulo de visión en el plano político, la autoridad eclesiástica actuará indiferentemente según las circunstancias políticas que encuentra:

(a) En los países menos desarrollados políticamente, o sea, dominados por el caciquismo o el caudillismo, la autoridad eclesiástica parece dar menos importancia al estatuto legal que la une al poder político, sin duda porque el elemento legislación no tiene en estos países una importancia tan grande como en otros. Con respecto a los caudillos o dictadores, obra más bien como grupo de voto en cuestiones de religión o de moralidad pública. El entredicho que suspende el culto público, o el declarar pecaminosos ciertos actos de colaboración con el poder gobernante son las armas que han hecho efectivo este veto en muchos casos. Valga como ejemplo reciente, aunque en un contexto político aparentemente más democrático, la prohibición impuesta a los católicos por el episcopado de Puerto Rico (que pertenece sin

duda ninguna a Latinoamérica) de votar por los candidatos del gobierno a causa de su propaganda en favor del control de la natalidad.

Se podría preguntar si no entra en esas exigencias de moralidad el respeto a la persona humana que suele ser olvidado por dictadores o caudillos. Indudablemente que sí, pero la mentalidad que prevalece en estos casos es la de elegir el mal menor. Ahora bien, éste no se calcula precisamente en términos de valor político, sino en términos de salvación religiosa, y, por ende, según estadísticas que tienen en cuenta el minimum de práctica religiosa y de moralidad computado como necesario en orden a ella. Es raro que la autoridad eclesiástica en América Latina se oponga a las dictaduras por motivos de moralidad política si no intervienen razones específicamente religiosas. Hay aquí un equívoco que se manifestará con más claridad en planos políticos más desarrollados.

(b) En países de política más compleja y más evolucionados en todos los órdenes y que aún conservan el estatuto de religión de estado a la Iglesia Católica, la situación es diferente.

En primer lugar se da, por parte de la autoridad eclesiástica una importancia mucho mayor a que sean consignados por la legislación (fuerza mucho más decisiva en otros países) los privilegios que facilitarán a la mayoría del país su vida religiosa católica.

Pero por otro lado los adelantos en las comunicaciones y el progreso general abren ese mismo pueblo a otras influencias; el progreso cultural con sus divergencias ideológicas y religiosas, y el deseo natural, ayudada por el conocimiento y la comparación, de una vida moral más ancha, acaban por formar una corriente política que hace peligrar esas restricciones legales en favor del catolicismo. Y eso hasta tal punto que en algunos países, si se hiciera un plebiscito popular reducido a este punto y sin otras implicaciones políticas, la mayoría se inclinaría a una reforma de la legislación en un sentido más laico.

De hecho se observa en toda América Latina un movimiento más o menos lento, pero al parecer irreversible, y de base popular hacia una separación entre la Iglesia y el Estado, acompañada de una laicización más o menos acentuada de la enseñanza y de la moralidad.

En la medida que estas corrientes se vuelven peligrosas para la Iglesia, es porque están basadas en una base popular casi mayoritaria. Ahora bien, esa mayoría sigue apareciendo en cualquier caso como católica y lo es hasta cierto punto. Y por ende es, hasta ese mismo "cierto punto", dependiente de la autoridad eclesiástica.

Esta situación ambigua es lo que da lugar a muchos países de América Latina a que la autoridad eclesiástica actúe, no ya en forma de grupo-veto, sino en forma de alianza política con partidos políticos poderosos de inspiración no siempre cristiana,

En estas alianzas, que son siempre tácitas, aunque no por eso menos reales, la autoridad eclesiástica aparece como representante de "la mayoría católica del país", lo cual es hasta cierto punto verdadero. Espera poder volcar gran parte de esa mayoría en favor del partido político en cuestión, si ve que en su programa político (que en sí mismo le interesa poco desde su punto de vista religioso) se promete mantener el *statu quo* favorable al catolicismo. El apoyo se traducirá normalmente en una exhortación hecha en términos abstractos a los católicos para que voten únicamente aquellos partidos que den garantías de mantener la situación existente favorable a la Iglesia.

Una vez más, no se trata de ningún maquiavelismo, sino de traducir la lucha política en términos más o menos favorables a ese minimum de condiciones que aseguran la vida religiosa de la mayoría de la población. Es menester tener esto en cuenta para comprender elementos importantes de la política argentina, por ejemplo, tanto con respecto a Perón como con respecto a Frondizi. Y lo mismo ocurre en Colombia, Perú, etc.

Desde el punto de vista político, éste es uno de los más serios elementos de la hipertrofia y de la inestabilidad política en América Latina. Como siempre, se espera aquí demasiado de la política, introduciéndola en una esfera que no es suya, y por otra parte se falsea la importancia, de los grupos de influencia religiosa pretendiendo que representan en política una fuerza que solo les corresponde realmente en el plano religioso. El resultado es que la lucha política en una gran parte de América Latina

sale del terreno político propiamente tal para tener lugar en el terreno inefectivo del clericalismo - anticlericalismo.

(c) Queda finalmente un grupo de países entre los más desarrollados en otros índices de la vida política, que presentan una separación legal de la Iglesia y del Estado: Brasil, Cuba, Chile, México y Uruguay.

Sin darle una significación demasiado decisiva a esta separación, ya que los conflictos anteriores pueden situarse en otros aspectos, el hecho es que en todos estos países las relaciones entre el grupo de influencia que representa la autoridad eclesiástica y la política parecen más normales y menos equívocas. Se trata de una influencia que puede ser grande, pero que generalmente permanece indirecta.

Quizás habría que hacer una excepción para el caso de México, donde la separación es más bien un triunfo violento del anticlericalismo que una delimitación de fronteras entre lo religioso y lo político. No obstante los otros elementos de madurez política existentes en México parecen conducirlo paulatinamente a una normalización de este aspecto.

Cuando la separación Iglesia - Estado aparece como un hecho irreversible, la atención política de la Iglesia se desplaza hacia un interés mayor por las clases trabajadoras y a una mayor acentuación de la doctrina social que llevan implícita sus postulados religiosos. A pesar de la violencia y de la orientación claramente izquierdista de la revolución cubana, la posición de la autoridad eclesiástica parece revelar (en la medida en que las informaciones reflejan la realidad) una madurez y comprensión política mayor que la adoptada por ejemplo en la Argentina. Esta comprensión y hasta simpatía por las reformas sociales necesarias, se traduce, en países de evolución más pacífica, por un apoyo moral a los partidos demócrata-cristianos, como en Brasil, Chile y Uruguay.

No obstante, esta última adhesión moral es más reservada si los partidos demócrata-cristianos tienden a situarse más bien a la izquierda en el abanico político. En efecto, la tendencia a desplazarse hacia la izquierda en la autoridad eclesiástica está frenada, no sólo desde el exterior por la posición antirreligiosa de los partidos marxistas, sino por un factor interno, que está probablemente destinado a tener una importancia creciente en el desarrollo político latinoamericano. En la misma medida en que se pasa del proletariado a una clase media inferior y en que se realiza un proceso de culturación y de laicización de las instituciones públicas, encontramos en estos países más desarrollados fenómenos bastante amplios de descristianización.

Como esto se acrecienta el peligro de que la Iglesia acabe por representar la mentalidad y los intereses de la clase media-superior que puede pagarse una instrucción religiosa más completa que el mero catecismo infantil, y que tiene acceso a las demás instituciones privadas sostenidas por los mismos católicos para su mejor formación religiosa. Y en la medida en que la iglesia no se resigna, conforme a sus principios, a esta situación disminuida y pretende llegar a la masa del pueblo con sus instituciones, se presenta el problema de su financiamiento por medios privados, y la consiguiente tentación de plegarse a la mentalidad de aquellos que los proporcionan. Se puede decir que en el plano político, este es, de una manera o de otra, el problema que preocupa más a los dirigentes más conscientes de este grupo de influencia.

En general, tomando todo el desarrollo que hemos indicado, se puede ver aquí en acción al proceso que habíamos indicado al principio de este párrafo; existen en un comienzo, grupos de influencia demasiado representativos falseando así las opciones políticas. La evolución política reduciendo esa influencia a sus verdaderas proporciones, deja ver la falta de estructuración interna del grupo en cuestión y los intereses e ideologías de orden más particular que llevaba consigo.

3. - Grupos Económicos:

Poco diremos aquí de estos grupos, dado lo relativamente simple y comprensible de su incidencia política. Ello se debe en parte a la mayor simplicidad de la relación política-interés económico, y en parte también a la simplicidad suplementaria de la economía latinoamericana.

Ya hemos indicado en la introducción que el hecho de ser los países de América Latina exportadores

de materia prima o muy poco manufacturadas, hacen que existan en ellos grupos económicos muy simples y con muy pocas relaciones entre sí, como por ejemplo, los terratenientes o los propietarios de minas, por una parte y las cámaras de comercio por otra. Su gravitación en la política, es por ende, en la mayoría de los casos desproporcionada y casi incontrolable.

El cambio comienza con la industrialización, la cual supone una estructuración más compleja de diversas actividades y sectores sociales en orden a la producción. Cada uno de esos factores influye entonces en la política, pero su influencia es contrabalanceada por los otros grupos interdependientes con respecto a un interés en el fondo común.

Este esquema simple permite hasta cierto punto apreciar la evolución de estos grupos de influencia económica, siguiendo la variable del desarrollo de la industrialización. Tomemos, por ejemplo, el siguiente cuadro presentado por la CEPAL sobre la proporción de mano de obra empleada en la industria propiamente dicha, la construcción y los servicios;

- a) Superior al 60%: Argentina, Uruguay.
- b) Entre el 40% y el 60%: Chile, Venezuela, Cuba.
- c) Entre el 28% y el 40%: México, Colombia, Brasil, Costa Rica, Panamá.
- d) Menos del 28%: los demás países.

Este cuadro nos da a grandes rasgos un índice sobre la complejidad, la estructuración y el desarrollo de los grupos económicos de influencia, con las siguientes salvedades.

En primer lugar, al incluir el sector terciario, que suele ser en gran parte parasitario y no internamente estructurado, las diferencias entre los países se exageran desde el punto de vista que nos ocupa.

En segundo lugar, para calcular la mano de obra empleada en la industria propiamente dicha, se toma la de establecimientos con más de cinco obreros. Ahora bien, es claro, que tales establecimientos no pueden dar sino un índice muy lejano de la industrialización como factor de estructuración económica del país, ya que es la gran industria la que realiza esa transformación.

No obstante, el índice es válido a grandes rasgos, si se tiene en cuenta que aún en los países más desarrollados la industrialización naciente, lejos de tener una consistencia y un equilibrio propios, necesitan de tal manera los subsidios estatales que toda la economía está en alto grado politizada. Se toma al Estado más como agencia de inversión y de protección de capitales que como árbitro de sistemas de interés con equilibrio interno, aumentando así la hipertrofia política latinoamericana.

Las recientes políticas de austeridad económica que se están llevando a cabo en países como Argentina, Chile y Uruguay, pretenden con la liberación de sistemas cambiarlos o la reducción de subsidios dar a las economías nacionales una base más sana y real que la de los recursos políticos. Sin embargo, muchos observadores opinan que la aplicación de esta política liberal en los países donde faltan estructuras económicas sólidas, está significando un retroceso y una simplificación conducente a mayores problemas.

En lo que toca a la orientación que toma la influencia política de estos grupos, el mundo del capital y el de los negocios se sitúan entre las fuerzas de derecha, conservadoras y liberales, más o menos abiertas a las reformas sociales según los países y según la fuerza de grupos de influencia situados en el extremo opuesto, como son los sindicatos.

4.- Estudiantes Universitarios:

Uno de los grupos de influencia más generalizados en el continente y podríamos decir, el que, junto con la autoridad eclesiástica, funciona de un modo más independiente de las diferentes situaciones políticas, es el que está compuesto en torno a las universidades (preferentemente nacionales) de los distintos países latinoamericanos.

En general, es posible observar, aún fuera de América Latina, que en todos los países cuyas estructuras presentan grandes problemas visibles a simple vista, la vida estudiantil universitaria se

politiza. Ello es normal si se tiene en cuenta que se trata de una minoría especialmente dinámica, libre de compromisos y especialmente preparada desde el punto de vista intelectual para captar esos problemas, expresarlos y discutirlos.

Esta conciencia aguda de los problemas del país es común a todos los países latinoamericanos en el nivel del estudiante universitario. Varían solamente los medios de ejercer la influencia política que corresponde a esa conciencia. Desde el ataque al cuartel Moncada en La Habana y las sangrientas tentativas de cruzar los límites paraguayos hasta las elecciones de Rectores de Universidad con la participación del sufragio estudiantil,

El estudiantado de las universidades particulares, generalmente confesionales, no está menos politizado, aunque los estudiantes no tengan la misma intervención en los asuntos de la universidad, y aunque las orientaciones políticas sean menos izquierdistas y por ende menos radicales y revolucionarias.

Para comprender la influencia política del estudiante universitario en los países latinoamericanos, es menester tener en cuenta que está integrado en grupos que frecuentemente sobrepasan el nivel estrictamente sindical. El fenómeno de la organización del estudiantado universitario como grupo de influencia política es digno de tenerse en cuenta, entre otras cosas, por ser bastante uniforme y unificado en América Latina.

La iniciación le corresponde a los universitarios rioplatenses, y particularmente a los argentinos que desde 1913 trabajan abiertamente en la propagación del movimiento llamado reformista, que logran imponer en gran parte del continente. Sus objetivos son importantes en sí mismos y de gran incidencia política por los resultados obtenidos. En orden de importancia podrían resumirse así: autonomía universitaria, por la cual se tiende a quitar a la universidad de la jurisdicción del ministerio correspondiente, y por ende, de la política del gobierno, para entregarla a sus propias autoridades elegidas democráticamente por profesores, profesionales y estudiantes; representación de los estudiantes, no sólo en la elección de autoridades, sino en el gobierno mismo de la universidad, mediante la constitución de un claustro plenario donde están representados en proporciones iguales, estudiantes, profesores y profesionales; oposición a toda política selectiva del estudiantado para impedir discriminaciones políticas o clasistas; cátedra libre cuya vacante debe ser llenada por concurso aquí sin discriminaciones ideológicas o políticas; cátedras paralelas a elección, etc., etc.

Este programa se impone total o parcialmente en las universidades nacionales de Argentina, en la universidad de Montevideo, de Lima, de Cochabamba, de Sucre, presiona fuertemente en el mismo sentido en Colombia y periódicamente en Chile. En los países donde el movimiento no ha tenido tanta influencia o no ha obtenido esos fines, las agrupaciones universitarias en el terreno político actúan como cualquier sindicato y suelen tener voz, aunque no voto, en los consejos universitarios.

Es difícil valorar de una manera objetiva este movimiento reformista universitario. Desde el punto de vista de la enseñanza universitaria es opinión común que el éxito del movimiento no ha favorecido la seriedad y la profundidad de los estudios. Y ello no tanto por la intervención del estudiantado en el gobierno de la universidad, sino por exigencias laterales, como la de no poder seleccionar el verdadero estudiantado separando al que se inscribe en ella únicamente para realizar un trabajo de propaganda o de agitación política.

Desde el punto de vista de la autonomía de la universidad con respecto al partido gobernante, con sus preferencias doctrinales, sus nombramientos arbitrarios de profesores, etc., parece que la reforma no ha hecho más que desligarse de la influencia de un partido (el gobernante) para caer bajo la influencia de otro (el de la mayoría universitaria), con los mismos inconvenientes y arbitrariedades.

Con todo, en este último punto, el problema no es tan simple. En general, se puede decir, con las debidas salvedades, que al partido al que se pliega la universidad bajo la acción de la reforma, está casi siempre más a la izquierda que el partido gobernante, o por lo menos que su política real. Matizando algo esto último, añadamos que la tendencia de la visión estudiantil de los problemas los lleva a apreciar siempre más una política emprendedora y nacionalista en el terreno de las relaciones internacionales. O sea que si no adhiere a partidos de izquierda, es atraída por gobiernos fuertes nacionalistas y socializantes,

pero prácticamente nunca por la política llamada "burguesa". Con todo, la tendencia a la izquierda es mucho más representativa de la mentalidad universitaria, aunque "la izquierda" haya estado representada, en los comienzos del siglo por los nacientes partidos de clase media.

Por todo lo dicho se ve que es un error creer, como lo hacen algunos observadores, que las elecciones universitarias pueden tomarse en América Latina como índice de las generales. Ello podría ser si se tiene en cuenta, en el cálculo, ese deslizamiento hacia la izquierda de que hablábamos. Un ejemplo, muy significativo y al mismo tiempo muy discutible, de esto, ha sido la actitud de los universitarios latinoamericanos durante la visita del vicepresidente Nixon, primero, y del presidente Eisenhower, después. Se ha hablado de maniobra comunista, y ello no es exacto. Se ha hablado también para poner en duda la representatividad de esos grupos como exponentes de la opinión nacional, y en esto hay mucho más de verdad.

En efecto, los grupos estudiantiles de influencia, organizados por el reformismo o por otras formas de gremialismo político, se han sensibilizado extraordinariamente, sobre todo con respecto al resto de la opinión pública, a los problemas no resueltos del país, a la existencia de realidades que la opinión pública o el gobierno prefieren ignorar, a las concepciones de la política gubernamental a fuerzas más o menos ocultas de la economía o de la política internacional. En ese sentido y en esa medida, el haber obtenido de la universidad y del elemento relacionado con ella una conciencia más clara y una sensibilidad más despierta a la realidad, ha constituido un aporte de valor a una política más realista y por ende también más nacional.

Por otro lado, las facilidades que tiene el estudiantado para dirigirse a la opinión pública y hacerse oír por ella, falsean las proporciones de su influencia real. El prestigio de la cultura universitaria, la facilidad de expresión, la simpatía que despierta la juventud y el idealismo, el poder actuar (en los países de libertad política), sin temor a graves consecuencias, exagera la importancia real de los movimientos estudiantiles. Consiguientemente con esto hay que tener en cuenta en todo sondeo de la opinión pública, que las opiniones que nacen de otros grupos de influencia ya integrados en la vida social como los sindicatos son mucho más estables que las de los grupos estudiantiles.

5.- Sindicatos:

Desde el punto de vista político, los sindicatos significan (aun cuando sean más bien de tipo económico, como en los EE.UU.) una introducción de las clases trabajadoras a la vida política. Les enseñan a discernir sus intereses en las decisiones políticas, aun cuando la acción sindical no pretenda directamente intervenir en ese plano. A su vez, los partidos políticos que pretenden representar a esa masa trabajadora se ponen en contacto con ella y sus objetivos a través de los sindicatos.

El negarse, pues, un país a dejar en libertad a estos para realizar su función es cerrar la vida política normal a clases enteras de la población y cortar el camino hacia una política verdaderamente nacional.

A pesar de esto, la mayoría de los países latinoamericanos no ratifica los convenios de la O.I.T. sobre la libertad sindical. En Junio de 1960, once países se hallaban en esa situación negativa: Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Haití, Nicaragua, Paraguay, El Salvador y Venezuela. En cambio esa libertad sindical ha sido ratificada por nueve países, a saber: Argentina, Cuba, República Dominicana, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Perú y Uruguay. Evidentemente, esta división no tiene gran significación, sólo puede valer como signo de que en América Latina falta la convicción suficientemente generalizada de que la organización de las clases trabajadoras es un elemento indispensable para llegar a un estado verdaderamente nacional.

Decimos que esa división no significa tanto como parece a primera vista, porque en muchos países donde no existe esa ratificación, existen poderosas organizaciones sindicales que actúan con libertad, como por ejemplo en Brasil, Colombia, Chile y Venezuela. Otros países, en cambio, aunque hayan ratificado esa libertad, la suprimen o coartan en la realidad, como es el caso de Cuba o de la República Dominicana. Aunque tampoco es necesario pensar que la dictadura del gobierno sobre los sindicatos anule siempre y totalmente la influencia política, educadora para la política, de estos.

Un índice más seguro sobre la importancia real de este grupo de influencia nos dará la proporción de mano de obra ocupada en la industria y en los servicios, ya que esa proporción es la que sirve de base a los sindicatos. Allí donde existe una industrialización incipiente los sindicatos actúan siempre esté o no reconocida legalmente su existencia. Señalamos, no obstante, a título de inventario, que en Bolivia y en Cuba se está organizando un sindicalismo campesino que puede ser de grandes proporciones.

Ya hemos indicado, al hablar de los grupos económicos, ese índice de la proporción de mano de obra industrial según los países. Dejemos pues de lado el último grupo que en esa proporción es muy pequeña (menos del 28%), con la excepción de Bolivia, por la razón indicada más arriba. En estos países encontramos situaciones muy variadas, desde las más violentas como en la República Dominicana y en Nicaragua, hasta las más normales, como en Ecuador, con libertad y pluralidad sindical, pasando por países de central única, como Perú (tendencia aprista) y Paraguay (socialista), o por países donde la libertad sindical es una conquista reciente como en Honduras (data de 1954).

Pero estas diferencias no adquieren su verdadera significación a no ser en los países donde la industrialización creciente permite un desarrollo y una influencia más bien considerables del sindicalismo.

Desde el punto de vista de la influencia política, tiene importancia la estructuración del sindicalismo. La central única adquiere su máximo sentido y valor en un contexto de lucha de clases por el poder, es decir, en un contexto más o menos revolucionario. Y, por ende, no tanto como preparación política de la masa trabajadora para que entre a formar parte de la lucha política. Así por lo tanto no nos extrañará encontrar impuesta a la central única en los países que pasan por una revolución social como Cuba, Bolivia y la Argentina durante el gobierno de Perón, así como en algunos de los países del grupo anterior.

En cuanto el clima o las posibilidades de la lucha de clases ceden, y hay que hacer actuar la fuerza de las masas trabajadoras en términos de partidos políticos, se escinde fácilmente la central única, que es lo que ocurre en la Argentina, después de la caída de Perón, y en Venezuela, donde existe todavía una central única para comunistas, socialistas y cristianos, pero en vías de división. Que se la juzgue un bien o un mal, esta escisión es lógica, dado que no existe una ideología política única para expresar los objetivos políticos de la masa trabajadora.

Pero también está en esta lógica el que la central única subsista como meta, aunque bajo la forma de una federación donde puedan subsistir de una manera suficientemente autónoma las divergencias políticas pero con mayor organización de los intereses obreros.

Se sigue así un proceso que ya hemos encontrado en otros grupos de influencia: primero una representatividad exagerada, irreal, que en un segundo paso se escinde para representar muchos intereses reales divergentes, y que sólo logra estructurarse en una tercera etapa, llegando así a tener su influencia mayor y al mismo tiempo la más proporcionada a su intervención real en la vida nacional.

No hay que olvidar, cuando se trata de medir el camino que le queda por recorrer al sindicalismo en América Latina, que el promedio de obreros sindicados por país no pasa del 12%.

En cuanto a su orientación política, es evidente que el sindicalismo se sitúa a la izquierda del panorama político. Prescindiendo de los casos donde la orientación es impuesta por el gobierno, esta es, en general marxista, y preferentemente comunista y socialista. Así ocurre en Uruguay, Chile, Ecuador, Venezuela. Es difícil, en el terreno sindical, separar las orientaciones comunista y socialista, tan fáciles de distinguir en el terreno político puro por las incidencias internacionales. Además, en Argentina, Chile y Uruguay, hay que añadir, sobre todo en el último, la influencia anarquista.

En la Argentina, como secuela del peronismo (cuya duración es imposible prever) encontramos que la mayoría sindicalista (el grupo de "los sesenta y dos" sindicatos) pertenecen a una ideología que se podría caracterizar como marxista-nacionalista de la cual trataremos en el párrafo siguiente. También los comunistas intervienen en ese grupo, pero generalmente se les atribuye el llamado de "los dieciocho".

Mientras que un grupo intermedio, el de "los treinta y dos" (que se llaman a sí mismos mayoritarios) está compuesto por sindicalistas de tendencia democrática, socialista o anarquista y, sobre todo, antiperonista.

Hay que añadir a estas orientaciones, la cristiana, más o menos dependiente de los partidos demócratas-cristianos. Llega a ser mayoría en Colombia, y es fuerte en Brasil, Chile, Ecuador y Venezuela.

En México y Brasil, hay que tener en cuenta el fuerte porcentaje de empleados que forman parte de los sindicatos, lo que falsea la interpretación política clasista. En México se da también el caso de que muchos obreros pertenezcan a sindicatos cristianos "guadalupanos" sin dejar por eso de pertenecer a sindicatos comunistas o de otras tendencias.

6.- Prensa:

No seríamos completos si no señaláramos, aunque sólo brevemente, la influencia del grupo representado por la prensa. Es cierto que sólo de una manera bastante indirecta nos ayuda este grupo a la comprensión de una tipología, ya que su funcionamiento (sacando los casos de violencia) es prácticamente el mismo en todos los países.

La relación indirecta con la tipología nos la puede brindar la comparación de los distintos países latinoamericanos según el índice de la difusión de la prensa, puesto que éste es uno de los factores más importantes de la vida política bien desarrollada. Pero casi el mismo sentido tendría un índice de alfabetismo, de población urbana, de permeabilidad de clases, etc.

No obstante, por su relación un poco más inmediata con lo político, podemos tomar como índice de la difusión de la prensa escrita el consumo de papel per cápita de los diferentes países latinoamericanos en los años 1946-1950, publicados por el Anuario Estadístico de las Naciones Unidas. Según él se pueden distinguir cuatro categorías:

Con un promedio de 0.5 Kgs.: Bolivia, Guatemala, Nicaragua, República Dominicana, Honduras, Paraguay, Haití,

Con un promedio de 1,5 Kgs.: México, Venezuela, Costa Rica, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador.

Con un promedio de 4 Kgs.: Cuba, Chile, Panamá,

Con un promedio de 7 Kgs.: Argentina y Uruguay.

Como es lógico, dentro de cada país, la prensa escrita se distribuye de una manera desigual en las distintas clases sociales, especialmente fuera de las ciudades. En este punto es menester señalar, como fenómeno interesante en los países más desarrollados, la influencia creciente de la radio, no sólo en las ciudades, sino hasta en los medios relativamente iletrados de la campaña, merced a la difusión creciente de generadores eléctricos de energía eólica. Este hecho ha tenido una incidencia decisiva en las últimas elecciones uruguayas y en el cambio de gobierno que resultó de ellas.

En realidad, la prensa ejerce la presión ideológica correspondiente a los diversos partidos a quienes sirve de órgano. Solo habría que añadir como fenómeno importante, el matiz netamente político que toman las informaciones del exterior a través de las agencias internacionales. Es evidente que, junto con los hechos, y ciertamente con una selección de los hechos, vienen las interpretaciones, por ejemplo en la aplicación, según las tendencias, de términos como "imperialismo" o "comunismo" a hechos que no los justifican o que son sólo ambiguos. Es también claro que la última tendencia tiene mucho mayor difusión dada la desproporción de que hablábamos en la difusión de la prensa por clases sociales y consiguientemente por ideología.

IV. - IDEAS Y VALORES POLÍTICOS.

Este párrafo podría considerarse, en realidad, como una continuación del anterior, ya que, de hecho, en América Latina, la influencia de las ideas y valores políticos equivale a la influencia del grupo de presión compuesto por los intelectuales. Más que ser los instrumentos para que la política piense sus propias

realidades, es un sector más que se deja invadir por la política y, a su vez, influye en ella.

No hay que pensar que el intelectual, despegado de la realidad, metido en libros y teorías sea en Latinoamérica un hombre inofensivo. Precisamente por esa falta de una estructura que le integre dentro de la realidad nacional, ve en la política uno de sus mejores, sino el único camino de realización personal. Y la política por su parte, a falta de estar limitada por grupos de equilibrio interno y sólido, tiene que orientar su pensamiento y pide comúnmente ese servicio al grupo compuesto por los intelectuales.

También en este aspecto existe un punto de vista histórico que puede ayudar a la explicación y comprensión de este fenómeno en los países latinoamericanos. Cualquiera que sea la situación actual de esos países en los terrenos étnico-demográfico, socio-estructural, económico, etc., es un hecho innegable que todo el continente ha permanecido durante siglos en el área de la cultura occidental (más que cualquier otro fuera de Europa), y ello no por la sola imposición de conquistadores extraños, sino por una interiorización de lo europeo en las estructuras ideológicas y valorativas de las minorías educadas de cada país. Se ha pensado siempre en América Latina en términos de ideas y valores occidentales. Y toda promoción a una cultura superior, cualesquiera que sean los sujetos étnicos, se hace por una integración en la cultura procedente de Europa.

Otro hecho que viene a confirmar el anterior y que es de importancia para comprender lo que sigue, es que la evolución política que se observa en Latinoamérica introduce cada vez a cada uno de sus países en el área de los verdaderos problemas y valores de occidente. Decimos de los verdaderos problemas y valores, porque no hay que olvidar el otro aspecto de este desarrollo: La evolución de los pueblos latinoamericanos tiende a evitar, de una manera cada vez más clara, que esa integración cultural sea una copia servil como lo fue en un comienzo. La madurez de los pueblos latinoamericanos no se puede medir por la aceptación exterior de costumbres o slogans europeos o norteamericanos, sino por la capacidad de comprender en relación con su propia realidad, los fines que desean alcanzar y la naturaleza de los medios para alcanzarlos. Si toda América Latina existe un sentimiento confuso, pero cada vez más importante y universal de que no existe una verdadera participación de la cultura occidental si ésta no es, como en la cultura del occidente mismo, creadora.

Por eso, toda América Latina, sobre todo en el aspecto político está embarcada en un trabajo de crítica, serio y no malintencionado, que llega, en los países más desarrollados a todas las capas de la sociedad, y que trata de comprender el sentido real y las posibilidades de aplicación de las ideas y valores políticos propios de la cultura occidental. Sería infantil pensar que de este trabajo de crítica pueda seguirse el que América Latina rehaga la cultura occidental para crear una propia, autóctona e inédita. Pero sería también sumamente ingenuo esperar un resultado eficaz de recomendaciones hechas en nombre de ideas o valores que ya no significan lo mismo en Europa, en EE.UU. y en América Latina. Lo mismo se diga de todo programa de ayuda que prescinda del sistema de fines y de medios con que cada país latinoamericano entiende adquirir su derecho de entrada en la civilización occidental; pensar y resolver sus propios problemas.

En efecto, el punto a donde tiende este proceso político de que hablamos, es el de una política verdaderamente nacional. Y entenderemos por ella, no la que obedece a una ideología nacionalista, sino que piensa lo político en función de toda la realidad nacional. Esto no es tan fácil como parece y requiere dos condiciones esenciales que se realizan sólo hasta cierto punto en los países más desarrollados de Occidente. La primera es que el pensamiento político explicita la problemática existente en la realidad total del país. Es la cualidad que viene de la fuente misma del pensamiento político; la realidad nacional existente. Es claro que el análisis de esa realidad requiere siempre ideas y esquemas más universales, pero el punto está en no subordinarles la realidad, sino a la inversa. En este aspecto el peligro no está tanto en un defecto lógico de preferir lo abstracto a lo concreto, sino en reducir la realidad a los esquemas que representan los propios deseos y ambiciones, o los de tal o cual clase o grupo de intereses.

La segunda condición complementaria consiste en que lo elaborado por el pensamiento político pueda ser, en términos generales, comprendido y captado como valor a través de toda la población nacional. Es decir, un pensamiento que no sólo venga de la totalidad del país, sino que se inscriba en las posibilidades políticas del país. Porque sólo los objetivos nacionales pueden dirigir y estructurar una política

nacional. Cuando a una parte importante de la población hay que atraerla con medios no políticos, el pensamiento político no es verdaderamente nacional, y la gestión política se hipertrofia con medios que pertenecen a otros sectores de la vida social.

Para estudiar, por lo tanto, cuáles son las ideas y valores políticos que influyen en ese desarrollo de América Latina hacia políticas plenamente nacionales, podemos tomar como guía e hipótesis de trabajo el índice presentado por Silvert, del grado en que los distintos países latinoamericanos se acercan a poseer una tal política.

Encontramos, en primer lugar, los países que están más bajo regímenes autoritarios y sumamente individualistas: Honduras, Paraguay, Nicaragua, Santo Domingo, Haití. Ya veremos que aun en esos países intervienen en la política ideas y valores que preparan una evolución ulterior.

En segundo lugar encontramos los países donde, como dice Silvert, los grupos superiores marchan rápidamente hacia una política nacional, pero con una respuesta tardía de parte del cuerpo social. Es decir, según lo que acabamos de decir, países donde el pensamiento político es bastante nacional según la primera condición, pero no según la segunda: Perú, Bolivia, Guatemala, Ecuador, El Salvador y Panamá.

En tercer lugar está un grupo de países que se acercan rápidamente a esa política nacional, y lo que es importante, con la aprobación de una sólida mayoría en el cuerpo social, es decir, países que se aproximan al cumplimiento de las dos condiciones de una política nacional: México, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba,

Finalmente hallamos los países que se adaptan más estrictamente al tipo de estado verdaderamente nacional y donde la política está pensada más en función de los problemas y de las posibilidades de todo el país; Uruguay, Argentina, Costa Rica y Chile.

1.- Notemos, en primer lugar, que este cuadro coincide prácticamente con el que señalábamos en el segundo párrafo con respecto al uso de la fuerza. Con excepción de Panamá y El Salvador, que figuran en la categoría superior, el primer grupo comprende aquellos países que, a pesar de su estatuto de naciones independientes, constituyen un todo no perfectamente integrado. En ellas no ha sido aun plenamente superado el caciquismo, o lo ha sido de una manera sólo exterior, por el hecho de la independencia nacional que consagró sus límites.

En esa medida cabe preguntarse qué fuentes de ideas o valores políticos podemos encontrar en ellos. Como ya lo hemos indicado, hallamos casi siempre un grupo estudiantil formado en torno a la Universidad Nacional, que suele ser única. Ese grupo está ciertamente dotado de ideas políticas, pero inoperantes frente a la realidad del país y en la misma medida idealistas, si se tiene en cuenta la mayoría de la población iletrada. Por otra parte, no suele existir en esos países libertad sindical, y aún donde la hay los sindicatos tienen que reducir a un mínimo su influencia ideológica.

Quedan dos elementos fuertes que establecen un puente de ciertas ideas y valores entre los gobernantes y el pueblo: los valores humanos acarreados por la religión, y los valores patrióticos.

La religión católica, no ya como grupo de influencia política estructurado en torno a la autoridad eclesiástica, sino a través de su doctrina ha tenido una influencia decisiva durante los cinco siglos de vida de América Latina. No hay que olvidar, en efecto, que al mismo tiempo que ideas y valores propiamente religiosos, acarrea consigo una concepción de la moral individual y social, y esta llegó, en forma elemental, pero cierta, a todas las capas de la población evangelizada. Esta concepción fue el primer rudimento de ideología política al nivel popular en los países latinoamericanos y en muchos países sigue siendo prácticamente la única.

La influencia más importante de esta concepción política de origen religioso fue y es aún ahora la ejercida sobre la integración de las poblaciones indígenas a la vida civil, es decir, al primer estadio de la vida política.

Con la evangelización, las poblaciones indígenas o negras dispuestas a recibir el bautismo católico aceptaban una serie de ideas muy simples, y entre las más comprensibles figuraba lo que hoy se podría

llamar una "carta básica de derechos humanos", fundada en las doctrinas religiosas. El hecho de que indios, negros y europeos católicos estuvieran de acuerdo por lo menos en principio (pero en un principio que se hacía visible en las mismas ceremonias religiosas) en que los hombres eran hermanos y se debían mutua caridad y justicia sin distinción de raza, y el que estos principios fueran adoptados y consignados oficialmente, sólo ese hecho pudo hacer posible que todos los abusos, vejaciones e injusticias fueran consideradas como malas situaciones accidentales y que no se pusiera en duda el sistema mismo. En otras palabras, todo lo que pudo haber y aún existe de abusivo e inhumano en el trato que da la clase alta europea al mundo indígena no lleva a esta a buscar otro sistema opuesto al del europeo, sino a tratar de acelerar su pleno ingreso en él, ya que nada lo separa legalmente según la religión común a ambos.

Es un fenómeno hasta cierto punto similar, aunque basado en lo religioso más que en lo estrictamente político, al de las reivindicaciones de la gente de color en los EE.UU., que no inducen a la sucesión porque todos se sienten participantes de una civilización, de un país, de derechos concebidos teóricamente para todos. Las reivindicaciones van entonces, no a cambiar la teoría, sino a adaptar a ella a la realidad.

Que en esta integración de la población indígena latinoamericana juega un papel preponderante la concepción religiosa por su incidencia política elemental, es un hecho que sigue teniendo lugar especialmente en los países de que estamos tratando. Se podrá valorarlo de distinta forma según las opiniones y aún calificarlo de "opio del pueblo" porque ha evitado la sublevación en masa de los indígenas. Pero habrá que reconocer objetivamente que donde esa asimilación no se produjo, el pueblo indígena no sobrevivió ni se integró, sino que fue eliminado por destrucción o separación.

Los indios que no fueron sensibles a las ideas cristianas, quedaron al margen de la civilización, como los araucanos en Chile, y otros grupos en Perú, Ecuador, etc., o bien fueron exterminados como constituyendo una amenaza para la civilización, tal como ocurrió en el Uruguay o en el sur de la Argentina (con la excepción de la Patagonia). De hecho la integración a la vida civil se realiza cuando existe aceptación de una religión esencialmente igualitaria en su doctrina, como el catolicismo.

Si América Latina busca hoy y ha estado buscando desde hace más de un siglo las mejores fórmulas de convivencia política para todos sus habitantes, entre los cuales una parte considerable tiene origen indio, ello se debe radicalmente a la influencia de esas simples ideas políticas que penetraron en la población acarreadas por el catolicismo.

Una segunda influencia política de éste concierne no ya al hecho de ayudar a la integración de la población indígena con la europea, sino a la imagen de la sociedad que el cristianismo lleva en su moral, moral por otra parte elaborada para los pueblos de la civilización europea y mediterránea.

La Iglesia Católica, con su fuerte autoridad doctrinal, trasplanta a América Latina la moral vigente en esos pueblos sin atenuaciones ni modificaciones de ninguna especie, de la misma manera que exigirá, en otra época posterior, a la monogamia desde el primer instante de la evangelización en el centro de África. No se trata de una cuestión de tolerancia práctica, que puede existir en mayor o menor grado, sino de que inconscientemente y siguiendo la línea del menor esfuerzo, todos los que hubieran de estructurar en esos nuevos países católicos la política, concibieron la legislación o las líneas generales de su política, directa como la traducción en el lenguaje de las realidades públicas de la invariable concepción moral cristiana. Y no, por ejemplo, como la preparación paulatina de la realidad nacional para que volviera capaz un día de acomodarse a esa concepción. En una palabra, los países latinoamericanos tenían que vivir políticamente como los europeos, porque esa era la manera de vivir cristiana.

Con esto se da el primer ejemplo de esa larga serie de ideas políticas que tienen su origen en principios ideales y no en la realidad nacional. Es la serie que presentará más adelante constituciones napoleónicas para pueblos compuestos en su mayoría por indios analfabetos, o economías liberales para países de monocultura.

Una segunda clase de valores políticos que influyen aún en estos países al lado de las ideas aportadas por el cristianismo, la que ya señalábamos antes: ese núcleo más bien afectivo que ideológico formado en torno a la patria.

El largo tiempo de vida independiente con los símbolos nacionales y las recordaciones de la independencia, la enseñanza escolar y las ceremonias patrióticas, y aún las mismas guerras (si las ha habido) contribuyen eficazmente, por mínima que sea la actividad política de un país, a formar ese sentimiento nacional que es básico en la vida política.

En general, ese sentimiento se agudiza con ocasión de cualquier ultraje o agresión que venga del exterior. Hasta tal punto que varios países latinoamericanos celebran con igual o mayor entusiasmo que las fechas de la independencia, el recuerdo de las batallas o guerras con otros países de América, lo cual se explica teniendo en cuenta que si la independencia fue prácticamente en todas partes un fenómeno en que actuaban fuerzas de magnitud continental, las otras guerras señalan ya una actitud plenamente nacional a la que puede asirse más sólidamente el sentimiento de la patria.

Sería, por ejemplo, interesante observar, para ceñirnos a los países del grupo estudiado por nosotros, como el sentimiento nacional paraguayo está unido a la guerra llamada de la Triple Alianza que tuvo lugar en el siglo pasado y en la que el Paraguay, (gobernado por un dictador muy discutido políticamente) luchó solo contra el Brasil, la Argentina y el Uruguay.

No es raro que estos sentimientos sean a menudo el respaldo más seguro de los dictadores actuales cuando tienen que defenderse de presiones exteriores. Y para comprender la política de estos países hay que tener en cuenta que las complicaciones exteriores son frecuentemente buscadas y aún creadas para afianzar regímenes internos tambaleantes. De ahí también las preocupaciones que ha de tomar toda la política internacional e interamericana de democratización, como lo muestran las reticencias recientes con respecto a las sanciones a la República Dominicana.

2. - Un segundo grupo de países presenta actualmente un grado de evolución más avanzado hacia una política propiamente nacional. Sin embargo, graves problemas de cohesión interna dificultan aún toda solución política eficaz sobre la totalidad del país. Los problemas son bien o mal solucionados por gobiernos de tipo caudillista que se suceden, o bien por revoluciones sociales que luchan más con la falta de cohesión interior que con orientaciones sociales opuestas de base nacional.

En el primer caso encontraríamos a Ecuador y Perú, en el límite con la categoría superior, Panamá y El Salvador. En el segundo caso, a Bolivia y Guatemala.

Lo que une en una misma categoría a estos países es la falta de cohesión interna, como acabamos de decir. Para lograr ésta, los caudillos y las clases más desarrolladas, lo mismo que los dirigentes de las revoluciones sociales, echan mano, la mayoría de las veces, de ideologías tendientes a estabilizar y despersonalizar la política. Tratan de hacer pasar la influencia de los carismas personales a la influencia de una mística institucional. Y así tenemos el hecho de que en los 150 años de vida independiente, los países latinoamericanos han adoptado más de 200 constituciones.

Este constitucionalismo, es decir, el idealismo con que la clase superior cree en el poder estructurador y estabilizador de una constitución, es característica de la segunda mitad del siglo pasado en los países que son hoy los más adelantados, pero subsiste aún en este siglo en el grupo de países que estamos estudiando y aún en otros.

Lo que caracteriza a este constitucionalismo desde el punto de vista de una política verdaderamente nacional, es que sólo es compartido por las clases superiores permeables a las ideas y valores legales y filosóficos de Europa. Por eso se confunde en muchos países con la lucha política entre conservadores y liberales latente o manifiesta, según que los dictadores permitieran o no cierto juego político.

No hay que dar al término liberal en estas luchas, el mismo contenido, preferentemente económico, que tiene hoy. Los partidos liberales se definen más bien en esa época dentro del contexto de la lucha clericalismo-anticlericalismo y tradiciones nacionales - ideas europeas. En realidad, conservadores y liberales se oponen en torno a la ideología política existente, es decir a ese binomio tradicional que acabamos de estudiar y que se hereda de España y de las propias experiencias guerreras: "Dios y Patria". Los partidos liberales, recogiendo ideas europeas, sostienen una laicización de todo lo público y una mayor abertura a corrientes ideológicas francesas y anglosajonas en el terreno del derecho y de la economía.

Prácticamente todos los países latinoamericanos más progresistas han pasado en la última mitad del siglo XIX por una lucha política que, bajo diversos nombres, oponía conservadores y liberales y que se definió casi siempre a favor de estos últimos.

Pero lo que nos interesa sobre todo señalar tanto en unos como en otros es la ideología del constitucionalismo, porque esa lucha sólo se comprende dentro de la perspectiva de estructurar una constitución y por ella dar estabilidad y una base al progreso del país. Y nos interesa sobre todo, porque, aun fuera de la oposición conservadores-liberales, países actuales en América Latina esperan igualmente del establecimiento de una constitución o de su reforma el poder escapar del caudillismo o el poder implantar una revolución social con posibilidades de continuidad.

Ahora bien, la influencia directa de este constitucionalismo en esa estabilización ha sido prácticamente nula en todas partes. Y ello se explica por el hecho que hemos señalado más arriba, y es la impermeabilidad de las clases inferiores y aún de la clase media al ideal constitucional de la clase alta. Nótese, en efecto, que conservadores y liberales preceden al verdadero advenimiento de la clase media al terreno de la política. El caso de Chile en el siglo pasado sería el único que registraría una excepción. La estabilización y centralización del país realizada por Portales se basó, no en la fuerza común a otros caudillos, sino en un ideal constitucionalista, y parecería que el respeto a esa constitución por parte de la clase alta aseguró a ese país una gran estabilidad política durante casi un siglo hasta el momento en que entra en escena el partido radical con los problemas propios de una clase y de una época nueva. Con todo, aún en este caso privilegiado podría explicarse esta estabilidad por otros factores, como la unidad que dieron forzosamente al país las guerras exteriores en que Chile salió victoriosamente frente a sus vecinos.

Sea como sea, no hay que minimizar la influencia indirecta de esas constituciones en orden a la estabilización política del país. Los caudillos han deseado siempre el mayor grado posible de legalidad constitucional, y muchas instituciones creadas por esas constituciones se han mantenido vigentes a través de revoluciones y caudillismo. Y así, se han ido creando las funciones y los organismos de la administración nacional.

Esta creación, como puede colegirse de lo anterior, se ha hecho de acuerdo a modelos europeos, que no resultaren siempre, como es lógico, bien apropiados. Pero, por otra parte, esto facilitó y facilita aún en día la introducción en Latinoamérica de técnicas y procedimientos occidentales más desarrollados, sin las oposiciones que se encuentran en otros continentes.

3.- Un tercer grupo de países en los que la vida política se aproxima rápidamente a un carácter nacional, y presenta ahora a nuestra consideración: México, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba,

Según lo que hemos dicho, el progreso se realiza con la estructuración de la política sobre una base cada vez más ancha. No es pues de extrañar que los países de este grupo (con la sola excepción de Colombia en que rige la clásica división conservadores-liberales), presentan fuerzas políticas organizadas que abarcan sectores nuevos no sensibles a las luchas entre liberales y conservadores.

En los países que han pasado con más normalidad por esta etapa y que ya han pasado a la siguiente y se encuentran en el grupo cuarto, encontramos la forma más lógica y natural de la abertura del abanico político para agrupar la nueva clase que sube y que se vuelve capaz de vida política nacional: la clase media inferior. En esos países se observan, en los comienzos de este siglo, la creación de una nueva ideología política que se separa del sector liberal para hacerse más popular y representar a la nueva clase media. Saca sus ideas constitucionalistas y laicas de sistemas filosóficos europeos como el positivismo comtista y spenceriano o el espiritualismo krausista. Son los partidos que podríamos llamar radicales, con el nombre que llevan en la Argentina o en Chile, aunque en el Uruguay lleve el nombre de su fundador Batlle. Su influencia real consistió en sintetizar una mentalidad teóricamente liberal (tanto en el viejo sentido de laicismo y modernismo europeo, como en el sentido económico) con una realización relativamente socializante preocupada del pleno empleo, de la seguridad social y llegando hasta la nacionalización de las empresas de transporte y energía, como en el caso de Uruguay.

Pero este proceso lógico, favorecido por circunstancias extraordinariamente favorable, no ha sido el de los países que componen el grupo que estudiamos.

Cuando la clase media que sube no encuentra en la vida política del país un partido que sintetice sus propias aspiraciones, en parte se canaliza hacia los partidos que ya existen, pero en parte constituye un remanente de energía política insatisfecha que va más bien hacia las clases inferiores para hacerlas acceder a la vida política. Y estas clases se vuelven accesibles a esas ideas, en la medida en que los países más adelantados las van integrando por medio de mejor instrucción y mejores comunicaciones. Como resultado es dable observar en general que allí donde los partidos de clase media han prosperado, los partidos socialistas han permanecido durante bastante tiempo sin base popular. En cambio, en los países que estudiamos, la abertura del abanico político en dirección a lo nacional, se hace generalmente por la integración de la clase baja y por parte de la clase media inferior en partidos de orientación socialista tanto más poderosos cuanto que faltan o son muy pequeños los partidos de clase media.

Así el partido que realizó la revolución mexicana es al comienzo un partido de inspiración socialista, aunque al perder su violencia revolucionaria y gobernar largo tiempo el país, se vuelve prácticamente un partido de clase media semejante a los que estudiábamos en los países que pertenecen al cuarto grupo. En Venezuela y en Brasil surgen poderosos partidos de izquierda, y la revolución cubana se orienta según ideas marxistas bien definidas. En cuanto a Colombia, sólo puede justificar su pertenencia a este grupo en cuanto a sus viejos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, pierden sus marcadas diferencias ideológicas para convertirse, a la manera de los partidos norteamericanos, en representativos de todas las clases sociales. Pero la gran diferencia de clases sociales que existe en ese país nos llevaría más bien a suponer lo contrario y a incluirlo en el grupo anterior. En cambio, la aparición de un fuerte partido de tipo socialista (además del aprismo) en el Perú, nos indicaría a contarlo entre los países de este grupo si no fuera por el hecho de que recién comienza la vida política normal en ese país después de largos períodos de dictadura.

4. - Finalmente tenemos los países que presentan más estrictamente la fisonomía de un estado nacional, con una política que representa realmente los intereses de la mayor parte de la población y cuyos objetivos llegan al más alto grado de difusión y de influencia. Podría pertenecer a esa categoría, Uruguay, Argentina, Costa Rica y Chile.

En general, como el obstáculo para llegar aquí es la integración de las clases bajas trabajadoras en la vida política, todos estos países presentan rasgos de una política social avanzada, aunque en el caso de condiciones más desfavorables, que es el de Chile, no haya dado aún plenos resultados. Esa política social se realiza, ya sea paulatinamente por medio de los partidos de tipo radical solamente, como en el caso del batllismo uruguayo, ya en unión con los partidos de izquierda en un frente popular como en el caso de Chile, ya finalmente por medio de una revolución social como la del peronismo argentino, cuando el partido radical no pudo cumplir con esa misión.

De todos modos, como por regla general los partidos de clase media (como son los partidos radicales), por el juego mismo del tiempo y de la permeabilidad de las clases, pasan de ser populares representando a la clase media inferior, a ser "burgueses" representando a la clase media superior, tarde o temprano las clases inferiores buscan una ideología coherente y sistemática que les sea propia, es decir, una ideología de clase. Y de ahí viene la influencia del marxismo, no tanto ya en su forma activista de agitación de masas, sino plenamente como ideología política. Así ocurre ya en algunos países del grupo anterior, pero ello se nota más en los de este grupo. En casos como el del justicialismo peronista, una vez olvidada la figura principal de Perón, quedará probablemente como remanente ideológico una influencia marxista tanto más acentuada cuanto más desaparezcan los remolinos políticos del "caso Perón".

Esta influencia marxista es muy clara en el elemento intelectual y universitario de estos países, especialmente en forma de socialismo, o de trotskismo, o anarquismo. En cuanto a la forma puramente comunista del marxismo, más sistemática, tenaz y eficaz en el nivel de la masa amorfa, aparece menos poderosa en el nivel intelectual, y aún en nivel más desarrollado de la masa obrera. Ello no se debe, como muchos ingenuamente creen, a una estima profunda de la democracia, sino a que el comunismo subordina las políticas sociales a los distintos países a una lucha internacional que se asemeja demasiado a un imperialismo y que sacrifica o puede sacrificar sin escrúpulos los intereses de la clase obrera en tal o cual país, obligándolas a seguir direcciones a veces opuestas al mismo marxismo. Evidentemente esto sólo vale

para los países que no están frente a problemas tan urgentes que todos los escrúpulos caen ante la necesidad de actuar. En esos casos no es raro que gran parte de los intelectuales marxistas se plieguen, por lo menos momentáneamente, a las orientaciones del comunismo, por el respaldo internacional que este puede dar.

Como ya habrá quedado claro por todo lo dicho anteriormente, las ideologías que han ido apareciendo en las diferentes etapas de este proceso no desaparecen con la etapa siguiente. El proceso se limita a darles sus verdaderas proporciones en la dirección política del país según el sector que realmente representan. Así se forma progresivamente el abanico de ideas y valores políticos que abarca todos los sectores de la población y permite una política verdaderamente nacional.

De acuerdo con lo dicho, las ideologías van apareciendo en la medida en que el dinamismo político se desplaza desde las clases altas, los primeros que tienen los medios para hacer política, hacia las clases bajas, las últimas en ser integradas. Por ahí se puede colegir en general que en los países que se acercan más a ese ideal, la derecha está representada por las ideas conservadoras y liberales, el centro por las radicales y la izquierda por las marxistas, socialistas y comunistas.

No obstante, hay que señalar que, en el curso del tiempo, ha habido desplazamientos importantes sobre todo en las ideologías de la derecha. Como ya indicamos, del catolicismo tradicionalista y conservador se desprende la democracia cristiana, que se sitúa a veces en el centro y a veces en la izquierda del panorama político. Forma importantes partidos, como por ejemplo en Venezuela y sobre todo en Chile, donde constituye la fuerza más dinámica de la política actual, en creciente aumento. Se sitúa tan a la izquierda, que esto le ha valido la victoria en las últimas elecciones universitarias. También vemos la democracia cristiana actuando, con partidos menores, en Brasil, Uruguay y Argentina.

Por otra parte, el nacionalismo de extrema derecha con su ideología anti-imperialista toma formas más o menos socialistas (como ocurrió en Europa). El peronismo argentino englobó a una gran parte de la juventud nacionalista con su posición anti-americana y su slogan de independencia económico y de hegemonía argentina en el continente latinoamericano. Después de la caída de Perón, existe en la Argentina un fuerte núcleo de lo que podríamos llamar un marxismo-nacionalista, así como existe también un marxismo-democrático (socialista o trotskista) y un marxismo-comunista. No sería extraño que un fenómeno semejante se esté produciendo en Cuba.

Para explicarse correctamente este hecho y otros parecidos, habría que tener en cuenta que el mayor desarrollo político de estos países los vuelve también más sensibles a las ideas y valores de la política nacional: como el nacionalismo, el anti-imperialismo, la democracia y el comunismo internacionales, etc., y que estas ideas y valores no encajan automáticamente en los cuadros ideológicos de la política de cada país.⁴

V. - SISTEMAS Y PARTIDOS POLÍTICOS.

Nos queda por estudiar cómo está organizada en los diferentes países latinoamericanos la vida política, es decir, el juego de los grupos destinados a orientar directamente la gestión política: los partidos.

No hablaremos aquí, por lo tanto, de la dirección política tomada a su cargo por personajes individuales, ni tampoco por un partido que se rehúsa a consultar en elecciones libres la voluntad del pueblo. No se trata en esto de un juicio de valor, sino del hecho indiscutible de que en tales casos la comprensión de los fenómenos políticos tiene que buscarse más bien en algunos de los factores analizados

⁴ Habría que señalar además una tendencia generalizada en casi todas las orientaciones políticas a aceptar un cierto determinismo económico en lo político, y que permanece muchas veces en un plano de simplicidad ingenua. Su origen no puede ser solamente atribuido al marxismo, sino igualmente a los tópicos de las relaciones de los EE.UU. con los países de América Latina, y a la misma influencia en ésta de "la manera de vivir americana".

en los párrafos anteriores. Los partidos políticos tienen una significación propia cuando la política es dirigida por ellos y ellos, a su vez, son dirigidos por la opinión de todo el país explicitada en las elecciones.

Por eso, si no vamos a tener presente en este párrafo los sistemas políticos de la República Dominicana, Haití, Nicaragua, Paraguay y Cuba, ello no se debe a la pretensión de que no existen en ellos partidos políticos importantes.

a) En cambio no se puede pasar de largo frente al caso de países donde los partidos que actúan representan sólo en parte al electorado.

Encontramos el caso especial de la Colombia, donde los dos grandes partidos han decidido por un pacto turnarse en el ejercicio del poder durante un largo período. Este pacto tiende a estabilizar al país después de la dictadura de Rojas Pinilla, pero no deja por eso de quitarle significación a las elecciones.

Pero los casos más comunes de este fenómeno se dan cuando se le impide a un partido el representar sus candidatos a las elecciones. Así, por ejemplo, en las elecciones generales y parciales de la Argentina ha constituido una incógnita muy importante la actuación del electorado peronista, privado del derecho de votar por su propio partido. De ahí se sigue una ambigüedad radical para la comprensión de los resultados electorales. Siempre se discutirá sobre la permanencia al peronismo de los votos en blanco y de las abstenciones, y otros partidos tendrán que contar con un porcentaje incierto e inestable de votos que les vienen del electorado incapaz de votar según sus preferencias.

Un caso más grave de esto mismo está constituido por la situación ilegal en que se encuentra, en la mayoría de los países⁵ el partido comunista. Ello no impide, ciertamente, su acción, pero en cambio impide conocer sus límites exactos, sus adelantos o retrocesos en la adquisición de una fuerza electoral. En efecto, estimar la cantidad de afiliados al partido en cada país dice muy poco sobre la importancia real de su acción política⁶.

Sobre ésta se podrían hacer quizás las siguientes observaciones:

⁵ Los únicos países latinoamericanos en que el comunismo puede presentarse libremente como tal a las elecciones son: Uruguay y México (donde siempre han gozado de esa libertad), y Bolivia, Cuba, Chile y Venezuela (donde se les ha devuelto, después de haber sido puestos fuera de la ley poco más o menos al comenzar la guerra fría).

⁶ A pesar de su falta de asignación, damos a continuación las cifras de afiliados al partido comunista, según un subcomité investigador del Senado de los EE.UU. y válidas para 1958. Le agregamos la cifra de la población total del país sin la cual la primera perdería todo sentido:

País	Miembros del PC.	Población (mill.)	País	Miembros del PC.	Población (mill.)
Argentina	70-80.000	20	Guatemala	1.000	3
Bolivia	4.000	3	Haití	Insig.	3
Brasil	50.000	60	Honduras	500	1,5
Colombia	5.000	13	México	5.000(?)	30
Costa Rica	300	1	Nicaragua	200	1
Cuba	12.000	6	Panamá	500	1
Chile	20-25.000	7	Paraguay	500	1,5
Rep. Dominicana	Insig.	2,5	Perú	6.000	9
Ecuador	1.000	3,5	Uruguay	3.000	3
El Salvador	500	2	Venezuela	30-35.000	6

1. - No parece que el partido comunista posea en ningún país la fuerza suficiente como para ganar por sí solo las elecciones, ni que esté próximo a tener esa fuerza.

2. - En cambio tiene posibilidades de llegar al poder por alianzas con partidos democráticos de izquierda. Estas alianzas no son probables a no ser en casos de una crisis violenta del nacionalismo, o cuando el progreso social ha sido brutalmente reprimido (sea por una dictadura, sea también por una política económica aplicada sin discreción).

3. - La fuerza del comunismo está en relación inversa con la libertad y la pluralidad sindical.

4. - Aún en el caso de que una coalición revolucionaria, más o menos violenta, llevara al comunismo a compartir el poder, difícilmente tendría la posibilidad de atraer el país a la órbita soviética sin una intervención exterior. Después de los primeros momentos en que se busca un respaldo internacional eficaz, probablemente la situación evolucionaría hacia un tipo de comunismo nacional al estilo de Yugoslavia, o aún hacia un socialismo democrático.

b) Otro índice de madurez política es el carácter impersonal de los partidos políticos. Ya hemos indicado el papel de los caudillos en América Latina. Ahora bien, los caudillos por regla general tratan de legitimar su poder político, rodeándose de partidos que muchas veces llevan sus mismos nombres. La normalidad política establece con bastante claridad si el partido caudillista representaba solamente un fenómeno individualista, como en caso de Rojas Pinilla en Colombia, o si el caudillo dio cauce a una inspiración política con un pensamiento consistente, como parece ser el caso de Perón en la Argentina. Por otra parte, muchos observadores han señalado, en los partidos con nombres más abstractos y universales, fenómenos de caudillismo, de tal modo que no se puede dar como regla el nombre del partido para saber si tiene o no un carácter impersonal.

Los regímenes latinoamericanos democráticos son, con una sola excepción, de tipo presidencial, lo cual en cierto sentido favorece la tendencia personalista de los partidos, y es fácil de observar la identidad entre el jefe de estado y el jefe de partido. Para evitar esto, la mayor parte de los países dificultan la reelección de presidente o estipulan un periodo de transición. La excepción está aquí constituida por el Uruguay, donde el poder ejecutivo no es unipersonal, sino que está compuesto por nueve miembros (sin contar el consejo de ministros) de los cuales seis pertenecen al partido mayoritario y tres a la primera minoría. Con este régimen se pretende por una parte conservar la agilidad del poder ejecutivo que decide por mayoría absoluta, dar, por otra parte, un oficio de control a la oposición, aún en el interior del ejecutivo, y finalmente despersonalizar el juego de los partidos políticos.

Teniendo en cuenta la continuidad en la historia, el ajustamiento a un pensamiento político y la conciencia política de sus partidarios podemos dividir con Silvert a los países latinoamericanos según el índice de carácter impersonal y por ende, político, de los partidos. Encontramos un primer grupo compuesto por Perú, Bolivia, Guatemala, Ecuador, El Salvador, Panamá, donde los tres elementos del impersonalismo político se hallan menos desarrollados. En un segundo grupo encontramos a México y Colombia, en donde una mayor continuidad histórica de los partidos no parece ser un signo de cohesión ideológica ni de conciencia política en sus partidarios. Un tercer grupo estaría compuesto por Brasil y Venezuela, donde estos últimos elementos parecen estar más desarrollados, pero en cambio se da menos continuidad y una mayor influencia de personas y regiones. Y finalmente un cuarto grupo compuesto por Argentina, Uruguay, Chile, Costa Rica, que tienen una historia más larga de partidos impersonales actuando en política.

c) En estos tres últimos grupos nos interesa estudiar también el sistema de partidos, dada su mayor impersonalidad y madurez.

En primer lugar parecería que un sistema uni-partidista estuviera reñido con la democracia y creyera en los sistemas que por esa causa hemos dejado fuera de nuestro estudio en este párrafo. Sin embargo, México nos presenta un caso peculiar que cae más bien dentro de esa categoría que en otra cualquiera.

En efecto, el partido oficial PRI engloba toda la vida nacional: desde el presidente de la república hasta el sindicalista, pasando por el industrial y el obrero. Existen dos partidos de oposición, el católico PAN

(Partido de Acción Nacional) y el comunista, con existencia legal y libertad de expresión, lo que, evidentemente, cumple una función política de catalizar la opinión opositora; pero sin posibilidades ningunas, en las elecciones, de obtener la victoria. La posibilidad de compaginar un tal partido con el juego de una política democrática está en que los intereses en pugna se enfrentan libremente en las elecciones interiores del partido oficialista, elecciones que se convierten así en la verdadera lucha política de interés nacional.

En segundo lugar, encontramos países que favorecen en sus legislaciones el bi-partidismo. o que espontáneamente están estructurados políticamente en esa forma. Entre los primeros está Uruguay y Argentina, y entre los segundo, Colombia,

En el Uruguay existe repartición proporcional en el Parlamento (que es, por lo tanto, multipartidista), pero con respecto al poder ejecutivo, la llamada "ley de lemas" permite a los dos grandes partidos, "blancos" y "colorados" competir prácticamente solos incluyendo dentro de sí diversas tendencias políticas. El hecho de que el partido "colorado" (antiguamente partido liberal, luego con tendencia radical) hubiera gobernado sin interrupción durante 93 años, hacía pensar que se trataba de un partido oficialista semejante al de México, y que, a pesar de sus dos partidos tradicionales, el Uruguay tenía más bien un régimen prácticamente unipartista. No obstante, en las últimas elecciones el partido blanco (tendencia derechista conservadora o liberal moderna, según las fracciones) subió al poder, lo cual demuestra la realidad del bi-partidismo uruguayo.

El caso de Colombia es más clásico, y hay que añadir que es el único país donde los partidos tradicionales de conservadores y liberales conservan aun su nombre y su oposición,

El caso de la Argentina es más complejo y está en el límite entre el bi- y el multipartidismo. Su legislación electoral va en el primero de los sentidos, pero en realidad su abanico político presenta una gran amplitud de partidos políticos sin que aparezcan claramente dos dominantes. Desde 1945, las elecciones han mostrado siempre enfrentados a dos partidos, pero no han sido los mismos en las distintas elecciones. En la actualidad, habría que despejar la incógnita del peronismo, privado de ir a las urnas, pero que tiene aún uno de los electorados más fuertes del país; por su lado, la UCR (Unión Cívica Radical) está dividida en dos ramas; la llamada del Pueblo y que paradójicamente representa a las clases altas y la Intransigente victoriosa en las últimas elecciones con el respaldo de la clase media inferior y aun de parte del peronismo y que en la actualidad se ha desplazado hacia la clase media superior. Si contamos además otros grupos obtenemos claramente la impresión de un sistema multipartidista.

Finalmente tenemos el caso de Brasil y Chile con sistemas claramente multipartidistas. En Brasil, como ya dijimos, es difícil señalar partidos estables, dado que juegan allí un mayor papel consideraciones regionales, alianzas, y aun influencias de tipo caudillista. El caso de Chile, en cambio, es uno de los más clásicos en el sentido del multipartidismo de tipo europeo; conservadores y liberales a la derecha, radicales en el centro, demócrata-cristianos, socialistas y comunistas en la izquierda.

Las elecciones muestran con frecuencia alianzas, pero con un sentido ideológico bien definido.

... 000 ...

CONCLUSIÓN

En el primer capítulo de esta primera parte, hicimos una descripción del subdesarrollo político. Resumiendo ahora lo visto en los demás capítulos, nos parece encontrar en el continente latinoamericano tres series de obstáculos para el desarrollo político, obstáculos en cierto sentido graduados según las etapas naturales de ese mismo desarrollo.

1) El primer obstáculo está caracterizado por la carencia de dimensiones nacionales. En efecto, aun

antes de que el rígido biclasismo de muchos países latinoamericanos frene el desarrollo político, este se halla detenido por la misma inexistencia de clases sociales. Porque, prescindiendo de todas las discusiones referentes a cómo definir estas últimas, es evidente que, desde el punto de vista de su presión en la sociedad, una multitud solo puede llamarse clase y, como tal, grupo de presión, si no es un mero agregado de intereses divergentes y rivales, sino el resultado de una convergencia de intereses complementarios que mutuamente se apoyan y defienden.

En este sentido, en muchos países latinoamericanos faltan clases sociales propiamente dichas. Hay ricos, pobres, muy ricos y muy pobres, pero tanto en unos como en otros no encontramos la conciencia de una convergencia de intereses que los lleve a pesar unidos en la función pública.

Aun el marxista más convencido de la omnipresencia de la lucha de clases tiene que admitir que no se dan aquí sino los pródromos de esa lucha. En otras palabras, allí donde aún existe una elementarísima división del trabajo no existe esa interdependencia que hace de muchos intereses algo solidario. Serían propiamente clases si pudieran ver el futuro y con respecto a él cuáles son sus verdaderos intereses, pero justamente no se dan las condiciones objetivas para que esa conciencia pueda aparecer y fusionar a aquellos que ocupan una misma posición ante el mercado económico, por más rudimentario que éste sea.

Pues bien, siguiendo este mismo razonamiento, y preguntándonos por las posibles causas de esa mínima división del trabajo que existe en estos países, comprobamos que una división compleja y rica del trabajo supone estructuras nacionales suficientemente amplias y complejas. Para comprender esto, examinamos una situación similar. Es la que se daría en países más desarrollados al nivel de una provincia o de un departamento, si no estuviera subsanada por la unidad nacional más amplia, que introduce variedad, posibilidades nuevas, técnicas impersonales, interdependencia con lo que se realiza en otras regiones, etc. Si esa provincia o departamento abandonara la unidad nacional, al cabo de cierto tiempo se notaría claramente allí el fenómeno que estudiamos: los factores particularistas adquirirían fuerza dominante.

Ello, como es lógico, se da aún más claramente cuando la región no ha integrado nunca una unidad nacional más vasta. No es, pues, despreciable el problema de las dimensiones nacionales en orden al desarrollo político.

Hay que notar, solamente, que este problema no es exclusivamente una cuestión de fronteras, aunque lo sea en gran parte, las dimensiones nacionales pueden, por lo menos, mejorarse en el orden de lo étnico y demográfico. En efecto, no es raro que los países que tienen estos problemas dimensionales, tengan una reserva humana no integrada, compuesta por indígenas, o reservas territoriales favorables a una inmigración. El primer caso parece darse en Centroamérica, el segundo en Sudamérica.

De todos modos, el problema de las fronteras como obstáculo al desarrollo político en América Latina es uno de los grandes problemas continentales. Y si aquí tratamos de los países en que esas dimensiones nacionales dificultan los primeros pasos del progreso político, aún los países de mayores dimensiones sienten hoy la necesidad de solucionar el problema de la exigüidad de sus fronteras para integrarse al plano mundial.

2) El segundo obstáculo está caracterizado por el rígido biclasismo de la sociedad en muchos de los países latinoamericanos. En otras palabras, por la ausencia de clase media.

En general, y siguiendo un modelo excesivamente europeo, se identifica en América Latina con demasiada facilidad clase media y burguesía. En cambio lo que aquí nos interesa no es la fijación de los ideales de la clase media, sino esta misma clase como resultado de la permeabilidad social en gran escala. En otros términos, la clase media que aquí nos interesa, significa que en un país hay tantas posibilidades de cambio social, que una parte considerable de la población, o aún la mayoría de ella, está dinámicamente a mitad de camino.

En efecto, no se trata de que existan personas que no sean ni pobres ni ricos. Se trata de que la parte que está pasando por esa situación media integre sus diferentes intereses en un esfuerzo común, y que este esfuerzo llegue a constituir una fuerza decisiva en el país. Como hemos dicho, esa presión es la que apoya eficazmente la función de estructuras impersonales en todos los sectores, y esto es decisivo para

todo desarrollo político. Determina, v. gr., en el sector económico, la importancia del mercado interno, y por ahí la necesidad de integrar el factor capital con la sociedad global. Acentúa asimismo, por ejemplo, la preocupación por el desarrollo económico en los sindicatos que de lo contrario serían simplemente reivindicativos y, en esa misma medida, actuarían hasta cierto punto al margen del interés social general. En una palabra, la clase media, así entendida, es el factor dominante en esta etapa para el desarrollo e integración social de esos grupos de presión, destinados a reducir a sus verdaderas proporciones la función política.

Ahora bien, la clase media como tal no existe en muchos países latinoamericanos, y ello constituye un serio obstáculo que frena el desarrollo político. Sin tener en cuenta este obstáculo, de poco vale tratar de llevar directamente a los políticos a una visión más impersonal o, lo que es lo mismo, más democrática de la función política que desempeñan.

3) Finalmente, no habría que subestimar un tercer obstáculo: la vulnerabilidad económica de los países más desarrollados políticamente en América Latina,

En efecto, existe en algunos países una fuerte clase media muy parecida a la de los países europeos. Con ello se daría aparentemente la condición más eficaz para un perfecto desarrollo político. No obstante, se requiere a veces muy poco tiempo en esos países para que del aparente desarrollo se pase a una situación revolucionaria o pre-revolucionaria.

Para explicar esto hay que tener en cuenta la fragilidad de la clase media allí donde no existe una situación económica de tal riqueza y complejidad como para permitir la amortiguación de las crisis o la adaptación a exigencias nuevas. Y como, por otra parte, todos los países de América Latina son productores de materias primas, y aún monoprodutores en muchos casos, las crisis económicas son en ellos endémicas.

Ahora bien, hay que tener presente que, en la mayoría de los casos, la clase media latinoamericana proviene, no de una promoción de la producción nacional, sino de un exagerado desarrollo del sector terciario. Este carácter parasitario de los servicios que presta, testimonio en el fondo de una hipertrofia disimulada del sector político, la deja indefensa frente a la crisis e incapacitada para adaptarse a condiciones nuevas.

Así se explica que estas crisis las sufra económicamente la clase baja, pero socialmente la clase media. En otras palabras, los países latinoamericanos que han llegado a tener una buena proporción de clase media del sector terciario, parecen destinados a un cierto estancamiento económico, con crisis permanentes que afectan a todos, pero de distinto modo. Decíamos que las clases bajas sufren la mayor parte del impacto económico de estas crisis, pero con ello no cambia su situación social. En cambio se observa que las crisis desplazan socialmente a una parte de la clase media haciéndola descender en la escala social.

Pues bien, sería un error grave subestimar el efecto político de este desplazamiento, pues aunque sólo afecte a una pequeña parte de la población, el dinamismo y la conciencia de esa parte están sumamente agudizados y constituyen a menudo un factor mucho más revolucionario que la existencia de grandes sectores preteridos y miserables.

Por aquí se ve cómo en realidad ningún país latinoamericano ha podido lograr un auténtico desarrollo político.